

## SECCION DOCTRINAL.

## ESTUDIOS KRAUSISTAS. (1)

(Segunda serie.)

## ARTÍCULO OCTAVO.

No debes hacer el bien por motivo alguno personal de esperanza ó de temor. (*Tibergheim.*)

Debes hacer el bien no por la esperanza, ni por el temor, ni por el goce, sino por su propia bondad: entonces sentirás en ti la esperanza firme en Dios, y vivirás sin temor ni egoísmo y con santo respeto hácia los decretos divinos. (*Sanz del Río.*)

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos, etc.

*Temed á Aquel que puede echar el cuerpo y el alma al infierno. (Jesucristo.)*

## I.

Hé aquí dos doctrinas que no pueden ser más opuestas: la de los filósofos krausistas, adoptada también por muchos otros, y la de Jesucristo; la que dice al hombre: obra el bien sólo porque es bien, y la que, sin negar esto, le advierte que en ello le va la eterna felicidad ó la eterna desgracia. ¿Cuál es la más filosófica? ¿Cuál la más eficaz? ¿Cuál la más conforme á la naturaleza del hombre? ¿Cuál la verdadera?

Esto es lo que vamos á procurar esclarecer.

No se vaya á pensar, por de pronto, que esta materia es nueva, que hasta Fichte y Krause no se habia tratado de *re-formar* la moral de Jesucristo, como dice un doctor español. Los Santos Padres, los teólogos y principalmente los místicos, habian tratado este asunto. Los quietistas, y particularmente Fenelon, habian presentado, aunque fuera en forma un poco diferente, las mismas ideas y mejores argumentos

(1) Véanse los números anteriores.

contra los motivos de esperanza y de temor para excitarnos á obrar el bien y apartarnos del mal. Todo el mundo sabe que Bossuet sostuvo la doctrina contraria, que la Iglesia le dió la razon, y que Fenelon leyó él mismo en el púlpito la condenacion de su libro, mostrándose en aquel acto más grande que nunca y más que su grande adversario.

Mas como creen muchos que si logran desacreditar en el pueblo cristiano la esperanza de la gloria y el temor del infierno como motivos morales, honestos y buenos de obrar el bien, el pueblo no se mostrará tan reacio para abandonar su fe y áun para cooperar á otros planes ( que no deben ser muy cristianos, puesto que cooperando teme el pueblo perder la gloria y merecer el infierno), hé aquí la razon principal, si ha de valer la verdad, de que se haya hecho de moda la teoría, mal entendida, del bien por el bien, y de que se desdenn, como propio de gentes incultas y groseras, los motivos de esperanza y de temor, de los que decia nuestro sesudo Mariana: El castigo y el premio, el miedo y la esperanza son las dos pesas con que se gobierna el reloj de la vida humana.

Cuán inconsideradamente se defiende la citada máxima y con cuán escasa filosofia verdadera y desconocimiento del hombre real, es lo que procuraremos hacer ver.

Que el hombre debe amar el bien y evitar el mal es cosa en que todo el mundo conviene, por más que haya sistemas filosóficos que, si se llevan las cosas á sus últimas, legítimas y lógicas consecuencias, sean incompatibles con esa máxima primera de moral universal, como que hay sistemas en los que no cabe el deber, es una contradiccion ó una palabra vacía. Tales son, por ejemplo, los sistemas fatalistas, sean materialistas ó pantheistas, y los escépticos. Pero ni áun esos repudian la idea de que debe practicarse el bien y evitarse el mal, siquiera no vean ó no quieran ver la enorme contradiccion en que incurren. Y si debe practicarse el bien, con mucha más razon debe amarse, y tanto más cuanto mayor bien sea; por donde el bien supremo debe amarse sumamente, ó sea con todo el corazon, con toda el alma, con todas las fuerzas, como dice la Sagrada Escritura.

Pues bien: para el hombre es el bien supremo la bienaven-

turanza final, la gloria, Dios visto instintivamente y poseído y gozado como el hombre puede hacerlo despues de esta vida, ayudado del *lumen gloria*, que dicen los teólogos católicos, y que no nos detenemos á explicar, porque no nos digan que entramos en honduras, y porque los curiosos pueden verlo en cualquier libro de teología. El destino del hombre es *realizar su esencia*, dicen los krausistas, desenvolver armónicamente sus facultades; y este destino es su bien, y tiene carácter obligatorio, añaden, por más que nunca llegue á cumplirse de todo punto, segun ellos, por ser infinitos los grados de perfeccion á que el hombre ha de elevarse paso á paso, segun vaya caminando por los infinitos mundos que existen *en, bajo y mediante la Naturaleza*, infinita en su género, aunque finita *en, bajo y mediante Dios como Sér absoluto*. Ya se ve que todo esto es muy natural, muy cuco, muy hacedero, y sobre todo, muy demostrado por vía sintética despues de presentido por la analítica. Tambien se ve que siendo infinito el camino que tenemos que andar y el tiempo que nos queda para andarle, no hay motivo para tener priesa, no es preciso tomar tan á pechos el negocio de la perfeccion, no hay por qué hacer escrúpulos de que nos detengamos algunos ratos en satisfacer alguna pasioncilla insignificante, aunque sea con un leve retroceso en nuestro camino, que harto tiempo nos queda de andar, sobre todo cuando no encontremos estos obstáculos del globo terráqueo en aquellos otros más perfectos que pueblan la vía láctea y el espacio infinito en todas direcciones. Así, pues, si se nos presenta ocasion de dar gusto á nuestras inclinaciones—que por otra parte no son malas ni diabólicas, dicen los krausistas, sino solicitaciones de la Naturaleza *con quien debemos vivir en religiosa intimidad*,—si nos ocurre ocasion de gozar, de vengarnos, de medrar á costa de tal cual mentira ó hipocresía, de tal cual medio bajo ó rastrero, de tal cual promesa impracticable con que se engañó al vulgo, de tal cual revuelta ó traicion acompañada de algunos asesinatos más ó ménos; no hay motivo para asustarse, pues que todo es *realizar la esencia*, y harto tiempo queda de moralizarnos en nuestro interminable viaje sidéreo, en el que forzosamente

hemos de ir adelantando siempre en perfeccion, en la realización de nuestra esencia, en el desenvolvimiento armónico de nuestras facultades. Si fuera que temiéramos, como los cristianos, que despues de un acto criminal podemos morir en mal estado y perder para siempre nuestro feliz destino, sería otra cosa; pero nosotros tiempo tenemos, y no nos hemos de rebajar á obrar por miedo ó esperanza (de la vida eterna ó del infierno, pues por temor de un mal temporal ó esperanza de un bien harto obramos).

Y dejando ahora estas consecuencias prácticas que se sacarían ciertamente por noventa y nueve por ciento de los que siguieran la enseñanza krausista, vamos directamente á probar que ni aun ésta tiene derecho para condenar la práctica del bien por la esperanza de la gloria y por temor del infierno. Esforzarse por alcanzar la perfeccion mayor de que el hombre es susceptible, es bueno y moral aun en la doctrina krausista. Obrar en conformidad con las naturales tendencias del hombre, es casi el mismo imperativo categórico krausista, pues no otra cosa significa su *realiza tu esencia*. Querer las cosas segun su bondad respectiva, es doctrina admitida por los krausistas.

Pues el que practica el bien con objeto de alcanzar la bienaventuranza, hace todo esto, y no pueden, por consiguiente, acusarle los krausistas de seguir una moral mala ó inmoral. ¿Qué es la bienaventuranza, ó la gloria, ó el cielo, ó el reino de los cielos, en fin, lo que esperan merecer los cristianos y alcanzar mediante sus buenas obras? No es sólo el gozo supremo y eterno, es la vision de Dios de que emana ese gozo, es el conocimiento intuitivo de la verdad absoluta, y con ella de toda verdad, última perfeccion del hombre como inteligente; es el amor eterno del bien sumo, y con él de todos los bienes, última perfeccion de la voluntad; es la contemplacion eterna y el éxtasis inefable ante la belleza absoluta, origen y foco de toda belleza, y última perfeccion de la facultad estética del hombre; es, como canta el poeta:

*Luce intellettuale piena d'amore,  
Amor di vero ben, pien di letizia,  
Letizia que trascende ogni dolzore.*

Luego el que obra bien por la esperanza de la gloria, estará equivocado á juicio de los que no crean en ella; pero él procura, trabaja por su perfeccionamiento, puesto que en su opinion, ese es el medio y modo de conseguirlo. Trabaja por el desenvolvimiento armónico de sus facultades, pues que cree que con la posesion de Dios su razon, su imaginacion, su voluntad y su corazon quedarán plena y armónicamente satisfechos, y á esa posesion de Dios aspira cuando practica el bien con esta intencion y esperanza.

Es natural tendencia del hombre la que le inclina á procurar su felicidad, y no negarán esto los krausistas que prescriben al hombre este *Mandamiento de la Humanidad*: Debes amar á todos los séres y á *ti mismo*, con pura, libre, leal inclinacion; y este otro: Debes vivir en Dios, y bajo Dios vivir en la razon, en la naturaleza, en la humanidad, con ánimo dócil y *abierto* á toda vida, á *todo goce legitimo* y á todo puro amor. Los que hacen *obligatorio* el goce, aunque sea legitimo, no vemos cómo puedan censurar que los cristianos procuren lograr los goces eternos. Estarán, si se quiere, engañados en esperar esta felicidad suprema para despues de la muerte, y tendrán razon los krausistas en buscar en la tierra *todo goce legitimo*; pero no pueden negar que los cristianos obran moralmente cuando procuran asegurar su felicidad eterna, aún dando de mano y renunciando algunas veces á los goces temporales, que pasan pronto y no les llenan el corazon. Porque es tendencia natural del hombre buscar el mayor y más duradero goce, sobre todo cuando ese goce es supremo y eterno y va unido inseparablemente á la más alta perfeccion; es, por lo tanto, una *esencia eterna* del hombre, como dicen los krausistas, y es justo, bueno y natural que los cristianos la pretendan *realizar*. Saben los cristianos que hay goces ilegítimos, que pueden y deben desecharse, tanto más cuanto que no son verdaderos goces, sino falaces, contrarios á la razon, condenados por la conciencia, cuyos remordimientos compensan con creces el breve rato de placer ilegítimo que los produce; saben que hay otros legítimos, á los que pueden entregarse con tranquila conciencia, y dando gracias á Dios que nos los permite en con-

sideracion á nuestra flaqueza y como estímulo de la virtud. Pero no pueden acertar á creer que sean obligatorios de suyo, si no lo es el acto á que van anejos, como por ejemplo, los que proceden de tomar el alimento conveniente para la salud; y piensan, por lo tanto, que se puede renunciar á ellos sin faltar al deber y aún con méritos no escasos, pues en esa renuncia va un acto de dominio sobre sí mismos, cosa buena y conducente á la perfeccion moral. El que no está habituado á negarse nada de cuanto le agrada ó se le antoja, aún siendo lícito, no sé cómo podrá abstenerse de lo ilícito, que con gran energía le solicita no pocas veces, como á todos consta por una diaria é irrecusable experiencia. Y esta misma experiencia acredita que son más morales, que caen ménos veces en el pecado ó crimen los que tienen el hábito de abstenerse aún de los placeres lícitos con mesura y prudencia, los que practican la mortificacion y la abnegacion, que los que no se hallan en este caso. Todas las madres y todos los maestros saben la diferencia que hay entre un niño mimado y voluntarioso, y el educado con razonable severidad. Pero al placer eterno de la bienaventuranza saben los cristianos que no pueden renunciar, porque es, con la suma perfeccion á que va anejo, obligatorio en primer lugar, porque es el término y destino del hombre, origen de todo deber, puesto que todos ellos lo son en cuanto medios para lograr el último fin.

Si es razonable, filosófico y moral querer las cosas segun su bondad respectiva, tambien lo será querer el bien sumo más que los bienes particulares, y á éstos segun sus relaciones con el bien sumo, si verdaderamente están relacionados, como lo están, puesto que por él están *fundados*, segun la terminología krausista, como todo lo finito se *funda* en lo *infinito en su género*. Luego creyendo el cristiano que el bien moral que practica es menor que el bien absoluto que espera, creyendo que es medio para lograr aquél, puede quererlo como tal, yendo en este caso la voluntad en pos de la razon y conformándose con ella. Puede, por consiguiente, querer el bien particular ménos que el bien absoluto, puede quererlo como medio de alcanzar aquél, puede, por lo tanto, practicarle para este fin. Para censurar esta conducta tendrían los krau-

sistas que conceder que la práctica del bien no conduce al bien, al perfeccionamiento del hombre en todos sentidos, ni por consiguiente á su felicidad; tendrían que negar su propia doctrina. Bien sabemos que el concepto de *bien moral* es distinto del concepto *felicidad* ó *bien sensible*, que muchas veces en la vida están separados estos bienes y hasta son antitéticos, no teniendo en cuenta la satisfaccion interior de la conciencia, cuando practicamos el bien á costa de algun gran sacrificio; pero esto no puede durar siempre, ó no hay Providencia, la cual, al ménos de palabra y á su modo, admiten los krausistas. Son cosas distintas el bien moral y la felicidad; pero es forzoso admitir que en alguna parte han de armonizar perfectamente, y no sucediendo esto por lo comun en esta vida terrestre, como lo acredita la experiencia contra la falsa, orgullosa é imposible doctrina de los estóicos, habrán de armonizar, habrán de unirse con vínculo indisoluble despues de la vida de acá, suceda esto de una vez y de una manera completa, como creemos los cristianos, ó suceda por grados infinitos en la marcha del hombre por las infinitas estrellas, como sábiamente han descubierto los krausistas.

Los que censuran que se practique el bien con el fin de alcanzar la bienaventuranza, no parece sino que tienen á ésta como un lugar donde se come y se bebe bien, se ven cosas preciosas, hay un trono donde sentarse y se oyen agradables músicas; y aunque, segun la doctrina krausista, podria esto y *deberia* ser apetecido y buscado, porque el hombre debe estar *abierto á todo goce legitimo*, todavía parece que subordinar á este goce el bien moral, sería rebajarle, y no practicarle *por los buenos medios*, como dice Sanz del Río, creyendo sin duda corregir al Cristianismo, que siempre ha enseñado que jamás es lícito emplear malos medios: *non sunt facienda mala ut veniant bona*. Pero no hay cristiano tan rudo que no sepa que las pinturas que se hacen de la gloria en el Evangelio, en los púlpitos y libros, son pinturas y nada más, que no quieren dar á entender lo que la letra significa, y por eso el Catecismo define la gloria diciendo que «es un *estado perfectísimo en el que se hallan todos los bienes sin encontrarse mal alguno*, como en el infierno se hallan todos los males sin

encontrarse bien alguno. » Si pues se hallan todos los bienes, allí llega el hombre á su completa perfeccion, á la realizacion completa de su esencia, al desenvolvimiento armónico, perfecto de sus facultades, como dicen los krausistas. Y repetimos que aspirar á esto no es inmoral, no es bajo ni grosero; es bueno, racional, laudable, obligatorio, y obligatorio en primer término. Y como á eso conduce la práctica del bien en esta vida, es bueno, laudable, moral y obligatorio practicar el bien con el fin de alcanzar la suma perfeccion, por alcanzar el premio eterno, con la firme esperanza de la gloria; es practicar el bien finito para alcanzar el bien infinito, que no se alcanza de otro modo; es marchar por el único camino que hay para el cumplimiento y asecucion del fin para que fuimos criados. De modo que tambien el que obra bien para alcanzar la bienaventuranza practica el bien por el bien, es decir, el bien particular, el acto bueno, lo prescrito por la ley, por el bien sumo, por el bien absoluto, por conformarse del todo con la ley y con el espíritu y fin de la ley.

Lo mismo hay que decir acerca del temor del infierno, por ser éste la privacion del bien absoluto, la pérdida del destino para que el hombre existe, la imposibilidad en que el hombre se coloca, si muere en pecado grave, de llegar á su perfeccion. Aborrecemos el mal por la misma razon que amamos el bien, porque el mal es opuesto al bien y de él nos priva, y es tendencia natural del hombre apartarse y rechazar lo que le priva del bien, por lo mismo que es tendencia natural aspirar á él. Por eso todos aborrecen el mal, aceptando sólo el *mal sensible* cuando es indispensable para el *bien moral*, como sucede tantas veces en la vida, con tal que el hombre obre racionalmente y sea justo apreciador de las cosas. Y esto sucede siempre que el deber es penoso, y taanto más cuanto más penoso es; entónces crece el mérito y llega á veces hasta el heroismo, como cuando se sacrifica la fortuna, la vida ó los más caros afectos del corazon en aras del deber ó del bien, á lo que algunas veces somos obligados. Mas si en tales casos se obra por la esperanza de la gloria, en nada disminuye la moralidad ni el mérito de esos actos,



porque esto no es otra cosa que obrar el bien particular, aunque costoso y difícil, por el bien absoluto, por cumplir el deber, por no apartarse de la perfección última, por cumplir el destino para que existimos, es decir, por el deber primero y principal de que nacen todos los deberes particulares.

Es cierto que, si sólo se considera la bienaventuranza por el concepto propio y filosófico de felicidad, esto es, el goce sensible y el goce racional, procedente éste de la conciencia de haber cumplido el bien moral, si sólo se considera el infierno bajo el punto de vista del sufrimiento físico y moral, procedente este último de la conciencia de haber faltado al deber; son ambos motivos de obrar bien menos perfectos que el puro amor. Esto lo sabe también todo cristiano que conozca su catecismo. La caridad, que es el amor á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo, por Dios, como á nosotros mismos, es, según el Cristianismo, la mayor virtud. El arrepentimiento del pecado por el motivo sobrenatural (porque es conocida por la fe) de temor al infierno ó de haber perdido la gloria, cuando una y otra se consideran exclusivamente bajo el punto de vista del placer ó dolor, es más imperfecto que cuando procede del amor ó caridad; enseñando los teólogos que aquél no justifica al pecador sino mediante la recepción del sacramento, mientras que el motivo de caridad justifica por sí mismo, envolviendo en sí la disposición interior á cumplir toda la ley, pues en otro caso no sería verdadera caridad. Es, pues, doctrina corriente que los motivos de temor y de esperanza, en el sentido explicado, son menos buenos, menos perfectos que los procedentes de puro amor á Dios, y por lo tanto de puro amor al deber por ser deber, al bien por ser bien moral; en este sentido es corriente y vulgar entre cristianos que amar y practicar el bien por el bien es mejor que practicarle por temor ó esperanza, que es mejor el amor filial que el servil, como se expresan los teólogos. Hasta dicen más: que cuando se cumple la letra de la ley por temor *servilmente servil*, no hay mérito, ni justificación, ni verdadero cumplimiento del bien. Y entienden por temor *servilmente servil*, el que va acompañado de amor al mal, de modo que se querría practicarle, si no fuera por el temor al

castigo; se ama más al mal que al bien moral, aunque no se le practique por miedo del mal sensible. Este temor es malo, pues evidentemente supone que la voluntad aprueba y quiere para sí el pecado, aunque se abstenga de cometerle materialmente por temor á la pena; pero ya le comete en su corazón, pues el pecado se consuma en la voluntad.

En este sentido, pues, que puede igualmente aplicarse al motivo de esperanza, si fuera acompañado de verdadero amor al mal moral, la doctrina krausista es vulgar entre cristianos, y no hay el más leve motivo para que se crean reformadores y justificadores de la moral cristiana. Pero se contradicen, como hemos visto, y van contra la sana razón y la naturaleza del hombre, cuando condenan en absoluto los motivos morales de esperanza del cielo ó temor del infierno, considerados en sí mismos, ó cuando no llevan ese carácter que los teólogos llaman servilmente servil. Porque el cielo y el infierno significan la última y completa perfección intelectual, moral y sensible, ó la pérdida irreparable de ella; y el hombre puede y debe aspirar siempre y en todas las cosas á su última perfección; y porque aún considerándolos únicamente como goce y padecimiento, no es malo moralmente, sino bueno y conforme á nuestra naturaleza, y por consiguiente á la voluntad del Criador que nos la dió, apetecer el primero y rehuir el segundo, cosa que por otra parte conceden como veremos los krausistas, y no digamos si la ponen en práctica. Está, pues, fuera de duda que los krausistas no conocen la doctrina cristiana cuando tanto insisten en su ya famoso axioma de *el bien por el bien*, con el que intentan reformarla, y quitar al pueblo los motivos de obrar que principalmente le contienen en el deber, y que son, como llevamos dicho, buenos, morales, filosóficos, además de ser manifiestamente doctrina de Jesucristo.

## II.

Pero ahondemos un poco en el asunto, y veremos cuán poco filosófica es la teoría del bien por el bien, tal como los krausistas la proponen, esto es, que el bien debe cumplirse

con *entera* abstraccion de nuestra utilidad personal, prescindiendo *absolutamente* de si nos agrada ó no. Yo digo que esto es *entera y absolutamente imposible*, y lo prueba el conocimiento de la naturaleza misma de nuestra voluntad, que es la que ha de querer y practicar el bien.

Dios se conoce perfectamente, en sí mismo y en sus relaciones con todos los séres. Conociéndose se ama y se ama necesariamente, porque se conoce como lo que es, el bien absoluto, y no puede ménos de complacerse en sí y hallar en sí su felicidad suprema. Esa complacencia no puede ser para Él una impresion que le venga de otro ser, ni puede amar cosa alguna sino por la complacencia que tiene de sí mismo, por la relacion que las cosas tienen con Él; porque es absoluto, necesario, infinito en toda perfeccion, y por ningun concepto puede depender de otro en nada, lo cual sería contradictorio, pues que le haria dependiente de otro en cuanto á su ser, esencia ó felicidad, al mismo tiempo que le reconocemos como absolutamente perfecto en sí, y por lo tanto independiente. Ni pueden negar esto los pantheistas ó panentheistas que no admiten sér alguno fuera de Dios.

Como los séres imitan desigualmente las divinas perfecciones, Dios, que no puede amarlas sino por sí mismo, las ama desigualmente, segun su mayor ó menor dignidad, segun que imitan más ó ménos las divinas perfecciones, segun que más ó ménos las manifiestan y hacen resplandecer: las ama segun el órden inmutable de sus divinas perfecciones en cierto modo participadas, esto es, representadas, imitadas, glorificadas por ellas. Este órden inmutable es la regla de la divina voluntad, la ley eterna, y tambien la ley natural y necesaria de todas las inteligencias, pues es contradictorio que pueda Dios dar á sus criaturas una voluntad que tienda á donde no tiende la suya, para que no amen las cosas en la proporcion que son amables, esto es, segun las relaciones que guardan con la divina esencia, invencible y necesariamente amada por Dios. Nada, pues, hay justo, razonable, grato á Dios, sino lo que es conforme al órden inmutable de sus perfecciones. Luego el bien consiste en amar ese órden, en amar las cosas segun las relaciones en que están con las

divinas perfecciones, en amarlas por Dios, lo cual es amar á Dios sobre todas las cosas, puesto que Él encierra en sí de una manera infinitamente perfecta las perfecciones de todas las cosas.

Por otra parte, Dios es necesariamente el fin de todas las cosas, pues que no puede quererlas sino por causa de sí mismo; y por consiguiente quiere que todas tiendan á Él, ó cumplan su fin propio, por los medios adecuados á su propia naturaleza, unas necesariamente, como los séres irracionales, otras libremente, como los dotados de inteligencia. De modo que el empleo de esos medios adecuados á la naturaleza de cada sér para cumplir su fin propio, son su propio bien, que en los séres racionales ha de practicarse con conocimiento y libre voluntad, y toma de este modo el carácter de *bien moral*. Luego para ser justo es preciso querer siempre lo que Dios quiere que queramos, porque Dios no se desmiente, no hay en Él una voluntad caprichosa, sino necesariamente concordante con el orden de sus perfecciones. La ley eterna no es arbitraria, es el orden inmutable de las perfecciones divinas, y el de todas las cosas segun la relacion en que están con esas perfecciones. Puede Dios querer que un sér no exista; pero no puede querer que exista de un modo contrario á las relaciones de su naturaleza con las divinas perfecciones; no puede, por ejemplo, hacer que el bienestar ó la desgracia, el placer ó el dolor, el premio ó la pena no vayan arreglados segun el orden inmutable de la justicia, que ama Dios invencible y necesariamente. Y como Dios no obra sino por causa de sí, todo cuanto ha hecho lo ha hecho para sí, es el fin de todos los séres, y por tanto el fin de los séres racionales; no les ha dado inteligencia y voluntad sino para que le conozcan y amen, para que conozcan la verdad y el orden, juzguen segun la verdad y amen segun el orden, para que juzguen como Él juzga y amen como Él ama. Quiere, pues, que conozcamos la verdad y amemos el orden ó el bien, y todo con relacion á Él, al fin último de todas las cosas, como es el principio y fundamento de todas; y quiere que conozcamos y amemos conforme á la condicion de la naturaleza humana, que nos concedió para este fin, ó que conozcamos la verdad

y amemos el orden segun el orden. Debemos, pues, amar á Dios como bien absoluto y fin último; y ejecutaríamos un acto de egoísmo y de rebelion si nos constituyéramos á nosotros mismos como fin último de nuestros actos, traspasaríamos el orden, obraríamos mal.

Veamos ahora si este amor ordenado, bueno, conforme á las divinas perfecciones, y por tanto puro, se compadece con la tendencia en el obrar á nuestro último bien propio y personal, á nuestra felicidad suprema, y por consiguiente con la tendencia á huir y evitar nuestra suprema desgracia.

Nunca amamos sino lo que nos agrada, ni aborrecemos sino lo que nos desagrada. Todas nuestras acciones proceden de nuestro amor natural é irresistible al bien en general, á la felicidad del agente. Todos, doctos é indoctos, groseros ó cultos, positivistas ó idealistas, Sanchos ó Quijotes, nos sentimos movidos á obrar por ese principio, tan natural y necesario, que él viene á ser la causa física, por decirlo así, de todos los actos de la voluntad. Es imposible querer cosa alguna si de ninguna manera nos toca, si nada absolutamente tiene que ver con nosotros. Si nada nos hiere, si nada llama á nuestro corazon, si nada impresiona favorablemente al alma, no hay motivo ni medio de que sea conmovida, de que se sienta solicitada, de que se incline con amor á cosa alguna. No basta que vea el bien; es preciso que ese bien lo sea en algun modo para ella, que se relacione con ella, que la concierna, para que ella se sienta atraida hácia él, halle deleite en él, le ame. Mas hay un deleite ilustrado, razonable, conforme al orden, placer que inclina hácia la verdadera causa del verdadero contento, induce á amarla, como origen que es de todo bien y fin de nuestra última perfeccion y felicidad; y hay un placer irracional é ilegítimo, que atrae hácia las criaturas, impotentes para labrar la verdadera felicidad, que lleva á los goces pasajeros y corporales ó meramente mundanos. El primero nos hace amar lo que debemos amar, y de este modo nos conduce á la perfeccion y suprema felicidad; el segundo nos empeora, porque nos hace amar lo que el orden moral nos prohíbe, y así nos aparta de nuestra última perfeccion y suma felicidad. Pero todo placer actual, en

cuanto placer, nos hace felices en algun modo; aunque sólo el placer legítimo y conforme al orden nos hace verdaderamente felices conduciéndonos á la posesion del bien supremo, miéntras que el ilegítimo y contrario al orden nos produce inquietud, turbacion, remordimientos de conciencia y el consiguiente temor de perder el supremo bien, lo cual es el supremo mal, el infierno, ó sea el estado de los condenados, de los que pierden su fin último.

Es, pues, cierto que todos los hombres buenos ó malos, aman el placer tomado en general, ó quieren ser dichosos, y que este es el único motivo que los hace amar, que los determina á ejecutar todo lo que hacen. Y es tan cierto, que muchas veces eligen el trabajo, el dolor, lo desagradable, se privan del placer actual; pero es para tenerle mayor, ó para evitar más grande sufrimiento, ó en fin, porque la inclinacion que tienen por la perfeccion de su sér, se opone á ese placer transitorio, es decir, que la consideracion del orden inmutable y su amor, les hace odiar ese placer. Porque la gracia de Dios en la cual creen y se apoyan los cristianos, y áun la sienten hasta el punto de no poder dudar de ella, y con cuya ayuda vencen la inclinacion á los placeres desordenados, es tambien un santo placer, es la esperanza y el gusto anticipado del supremo placer. El amor al orden inmutable nos inclina á practicar el bien particular, el deber más ó ménos penoso, nos da cierto aborrecimiento á todo placer relativo á los objetos sensibles que no concuerda con el orden; pero si este aborrecimiento no existe, el hombre sucumbe á la tentacion; y no existirá desde el momento que no le agrade más, que no le concierna, que no le afecte la belleza del orden.

Todo hombre, pues, quiere ser perfecto ó dichoso, ó si no se quiere distinguir la perfeccion de la felicidad, porque en efecto son inseparables, todo hombre quiere invenciblemente su felicidad. El deseo de la bienaventuranza formal ó del goce en general, es el fondo y esencia de la voluntad, en cuanto es capaz de amar el bien. Él es ese amor propio que los que estudian á fondo el corazon humano saben que es imposible destruir, y que es el motivo ó principio de todo

particular movimiento de la voluntad. El amor de la bienaventuranza en general es, pues, natural y comun á todas las inteligencias. « Todos ven en su corazon que quieren ser dichosos, dice San Agustín; y es tal la concordancia de la humana naturaleza en este punto, que no se engaña el hombre que, por verlo en su corazon, lo conjetura del corazon ajeno. » Si esto es cierto, como lo es, si « por evitar la miseria y adquirir la felicidad hacen los hombres todo el bien ó el mal que hacen, » segun dice el mismo sabio filósofo, si el amor de la bienaventuranza, dice el mismo, es una impresion del Criador soberanamente bueno é inmutablemente feliz en sí mismo; en una palabra, si ese amor no es otra cosa que el movimiento natural que se llama voluntad; claro es que no se puede amar á Dios, ni por consiguiente, el bien particular que se ama por el bien absoluto ó por Dios, sino por amor á la bienaventuranza, puesto que no se puede amar sino por la voluntad. Así, todo amor de Dios es interesado en este sentido: que el motivo ó principio de este amor, es que Dios nos concierne como nuestro bien, y que estamos convencidos de que sólo Él puede llenar nuestro corazon hecho para Él. Pero no se debe confundir el *motivo* con el *fin*. Nuestra voluntad, el amor de la bienaventuranza es una impresion de Dios comun á los buenos y á los malos, y hasta á los condenados: el deleite de la gracia por el que gustamos de Dios como nuestro bien, y la belleza del órden por la que nos afecta y nos reforma en nuestra ley, proceden de Él igualmente. Mas todo esto nos une á Dios como á nuestro bien: son los *motivos* por los que aspiramos á Dios como á nuestro *fin*.

Nadie ama á Dios tanto ni tan bien como los bienaventurados que están ya gozando de Él. Contemplando ellos las perfecciones divinas, su belleza les complace; es decir, que la vista de estas perfecciones los afecta viva y agradablemente, y este es el placer. Luego esta percepcion agradable es su bienaventuranza formal, ó los hace dichosos. Mas semejante contemplacion es inseparable del objeto que la causa, y sólo á él se puede referir. Luego el amor del placer es el motivo que les hace amar á Dios como fin: el motivo es quien hace

amar lo que agrada, ó produce la percepcion agradable. La percepcion, sin objeto percibido, no es una percepcion no hay placer en el alma cuando nada le agrada. El placer ó la percepcion agradable se refiere, pues, necesariamente á la idea que afecta naturalmente al alma ó al objeto de esta idea. Quitad, pues, á los bienaventurados el amor del placer ó de la percepcion agradable, y les quitais el amor de la idea y por consiguiente el amor de Dios que es su objeto, intuitivamente por ellos percibido. Luego si se quita el amor de la bienaventuranza formal, necesariamente se quita el de la bienaventuranza objetiva, ó el amor de Dios; es decir, que si Dios no produce en nosotros el motivo de su amor, es imposible que le amemos como nuestro fin, como bien supremo y absoluto.

Parece pues: 1.º, que el amor del bien en general se convierte en el amor de tal bien determinado, cuando la idea de éste produce en el alma una impresion agradable, y que entónces, si ella consiente y descansa en él, lo que sólo debe hacer cuando ese placer representa la verdadera causa que le produce en último término, es decir, Dios, descansa en el bien que percibe y le ama con amor natural y además libre; 2.º, que cuanto más viva y agradable es la percepcion, más ardiente es el amor natural, más queda el alma llena del objeto que le agrada, se ocupa más de él; mas se olvida de sí misma, cuando se deja llevar por toda la impresion que en ella produce ese placer; 3.º, que lo mismo sucede con el amor sobrenatural de la gracia, que es tambien un santo placer, ó como la llama San Agustin, *una santa concupiscencia*; 4.º, que cuando la percepcion agradable representa en el alma la verdadera causa que en último término la produce, lo que jamás ocurre en los placeres que no se refieren á Dios, sino á los objetos temporales y sensibles, debe el alma amar ese bien que está presente á ella, y que es entónces su verdadero bien. Y como el amor es tanto más perfecto, cuanto mayor es por el verdadero bien, no puede haber exceso en seguir los movimientos que produce en nosotros el deleite de la gracia, pues que se refiere al verdadero bien; 5.º, el verdadero bien quiere ser amado con un amor, no instintivo, sino ilustrado;



de modo que no debe el alma amar más aquello que más vivamente percibe, y á veces ni áun lo debe amar. No debe abandonarse al placer, sino cuando es la percepcion viva y agradable del verdadero bien, pues sólo el goce de éste nos hace verdaderamente dichosos y perfectos. Ahora luchan el amor de la felicidad y el de la perfeccion, porque es el tiempo de merecer. Muchas veces lo que nos agrada actualmente, nos corrompe, nos pervierte, nos aleja de la verdadera felicidad, pues sólo el placer legítimo, el placer de la gracia, no se refiere á los objetos temporales, que no pueden ser la causa verdadera de la felicidad. Mas en el cielo todo lo que agrada perfecciona, todos los placeres son puros y unen á la verdadera causa que los producen. Cuanto mayores sean, más estrecha será la union con Dios, más perfecta la transformacion, por decirlo así, del hombre en Dios, más se olvidará de sí mismo, más se anonadará y será Dios todo en él.

Nótese que no amamos tanto nuestro sér como nuestra felicidad, ni hay quien no prefiera dejar de ser á ser eternamente desgraciado. Dios nos ha hecho así para que no amemos nada, ni á nosotros mismos, sino por Él, que sólo puede hacernos bienaventurados. Así vemos que algunos se matan por haber perdido sus capitales, ó por verse contrariados en sus amores. ¿De dónde procede esto, sino de que prefieren el no sér—aunque para desgracia suya no pueden lograrlo—á vivir en aquel mal que tanto los afecta? ¿De dónde procede que un amante se olvide tanto de sí, que sólo se ocupa del objeto amado? De que no halla su felicidad sino en él, y eso lo dicen todos y se lee en todas las novelas y dramas amorosos, cuando alguno de sus héroes encarece su amor, que ni él, ni la persona á quien se dirige, ni el lector ó espectador toma como un acto de egoismo, de cálculo, de especulacion. Luego cuanto mayor es el placer, ménos interesado es el amor que produce en el amante, ménos se acuerda éste de sí, más se anonada, se pierde, se transforma en el objeto amado, se interesa por él, entra en sus inclinaciones. ¡Cómo será, pues, el amor á Dios de los bienaventurados, cuán ardiente, cuán puro, cuán ajeno de toda mira egoista! Y ni el

amor profano de que hemos hablado, ni el santo amor de los bienaventurados, proceden de otra causa sino de que en todo caso el amante se complace, se goza, halla su felicidad en el objeto amado, de que el amor natural y necesario de la felicidad se encuentra satisfecho, bien ó mal, con razon ó sin ella, en el objeto amado.

Se dirá: débese amar á Dios por Dios. Es verdad. No se debe amar á Dios por otro bien cualquiera, porque no hay otro bien verdadero fuera de Él. Débesele amar para poseerle y gozar de Él, porque es nuestro bien supremo, es el fin de todas las cosas, y por consiguiente al que deben dirigirse todos los movimientos de nuestro corazon. Pero si se dice que no se debe amar la bienaventuranza formal sino porque Dios lo quiere, que en esto consiste el puro amor; respondo que amamos la bienaventuranza formal naturalmente, por necesidad, porque Dios nos ha hecho así; que no cae este amor bajo la eleccion del libre albedrío, ni por él merecemos ni desmerecemos. El amor de la bienaventuranza objetiva, ó de Dios, sí, ese es de nuestra eleccion, y sabemos por qué le amamos, es á saber, porque queriendo necesariamente ser dichosos y perfectos, vemos que sólo en Dios, y no en cosa alguna temporal, está nuestra verdadera felicidad y última perfeccion, ambas inseparables en la realidad, aunque sea diverso el concepto de ellas.

Podria decirse, sin embargo, que Dios nos ha hecho querer invenciblemente nuestra suprema felicidad, porque nos ha hecho libres; y no podria premiar ni castigar, ni podríamos merecer ni desmerecer, si nos fuesen indiferentes el placer y el dolor, la corrupcion ó la perfeccion de nuestra naturaleza. Habiendo Dios querido necesariamente, supuesta la libre voluntad de criarnos libres, que su ley, el orden inmutable, fuese tambien la muestra; era preciso no sólo que nos agradase la belleza de ese orden, sino que amásemos naturalmente la que nos agrada. Por eso los justos, los que observan esa ley, gozan interiormente, y los malos sufren el tormento de la conciencia. Todos quieren ser felices, pero unos esperan que su sumision á la ley será recompensada, y los otros sienten la amenaza del castigo, y que se exponen á

perder la felicidad verdadera por un goce falaz y del momento presente. Así, el deseo invencible de la felicidad se acomoda perfectamente con el amor de la justicia, nos hace querer lo que Dios quiere que queramos; y cuando es ilustrado por la razon, excitado por la fe y ayudado por la delectacion de la gracia, nos conduce á toda la perfeccion y á toda la felicidad de que somos capaces.

La gloria de Dios consiste en ser como es. Dios ama su gloria y quiere que la amemos. Nuestra voluntad es, pues, buena, pura, conforme en todo á la suya, si le amamos tal cual es. Así le ama el justo, pues quiere que sea amigo del bueno, que le premie, que le otorgue la suprema felicidad, que es Él mismo, poseido y gozado eternamente, en proporcion á los méritos del bueno; pero no le ama como es, el que le desea injusto, que haga eternamente feliz al malo, ó que premie al bueno más de lo que merece.

Cierto que el justo ama á Dios por sí, en el sentido de que quiere ser feliz gozándolo; pero su fin último es Dios, pues sólo tiende á Él, y no se detiene en sí como los antiguos estóicos, ni en los bienes sensibles como los epicúreos. Ama á Dios por Dios, puesto que le quiere por Él mismo, y se contenta con gozar sólo de Él. Se ama á sí mismo por Dios y se refiere todo á Él, áun su misma felicidad, pues no pretende gozar de Él sino como Él quiera, no con una voluntad caprichosa, que no existe en Dios, sino arreglada siempre al orden de la justicia. No quiere ser dichoso sino por la gloria de Dios, puesto que quiere que Dios sea tal cual es y obre con él segun es. El principio de su amor es el deseo natural é incontrastable de ser dichoso; pero este principio viene de Dios, que nos le ha dado para que aspiremos á Él. Como nuestra perfeccion consiste en seguir á la razon y amar el orden, es decir, á Dios sobre todas las cosas, y á todas las cosas segun la relacion que tienen con Dios, amar á Dios es amar la propia perfeccion, ó al ménos amarse por Dios y segun Dios, es el amor del bien como Dios quiere que le tengamos. Al prójimo hay que amarle del mismo modo, ó desear y contribuir en la medida de nuestras fuerzas á su completa felicidad y perfeccion. Pero si pudiera suponerse que algo necesario

para nuestra salvacion personal nos faltaria si se concediera á otros; deberíamos desearlo y procurarlo para nosotros mismos, sin lo cual no amaríamos á Dios con todas nuestras fuerzas, como Él quiere y nos manda que le amemos. Sólo en este sentido es cierto el proverbio de que la caridad bien ordenada empieza por sí mismo. A nuestra perfeccion personal estamos personalmente obligados, y no cumpliríamos este deber en la hipótesis enunciada, si atendiésemos á la salvacion de los demás abandonando la nuestra. En cuanto á los bienes temporales, la caridad no nos *obliga* á preferir un bien de otro á uno igual nuestro, pero lo *recomienda*, es bueno y á veces *heróico*, segun el Evangelio.

Ni se oponga á esta doctrina el amor que tenemos á los amigos, puro y desinteresado; pues á pesar de serlo, no impide que los amemos por algo que en ellos nos complace, por sus cualidades, por su benevolencia hácia nosotros; además de que no son nuestro fin como lo es Dios, ni está en ellos por tanto nuestra bienaventuranza. Desinteresado y puro es el amor de la madre á sus hijos, y los quiere hasta el delirio, y por ellos se afana y sufre; pero es porque son *sus hijos*, como una expansion de su sér, porque sus gracias y prendas personales la agradan, porque tambien ellos la quieren, además de la mejor razon, que consiste en que tal es su deber conforme con el instinto maternal. Por proporcionarles un goce se priva ella de él, por ahorrarles un dolor consiente en sufrir otro más grande, pero en todo eso halla contentamiento; y dejaría de ser buena y virtuosa desde el punto en que consintiera en perder su eterna felicidad, inseparable, como es dicho, de su perfeccion, del logro de su final destino, por alcanzar cualquier bien temporal ó eterno á sus hijos, porque dejaría de obrar conforme á razon, de practicar el orden, de amar á Dios *sobre todas las cosas*, con todo su corazon y todas sus fuerzas. Aquí se ve cuál es el amor egoísta y mercenario, y cuál el puro y desinteresado: todo el que tiene por fin una ventaja ó bien propio temporal, sin subir más alto, y considerando al objeto amado como medio explotable para ese fin, es mercenario y egoísta; pero todo el que se endereza á Dios como nuestro último fin en todos sentidos, es bueno, con-

forme á razon, como Dios nos le exige, y por tanto puro y desinteresado cuanto cabe en sana razon.

Pocos habrán adivinado que casi todo lo que acabamos de decir es de Malebranche, filósofo á quien nadie tildará de materialista ni de utilitario; pero que habia estudiado el corazon humano algo mejor que los flamantes partidarios de la máxima *el bien por el bien* malamente entendida. Y en ello está de acuerdo con la escolástica toda entera y con el mismo Platon, no que con Aristóteles, y sobre todo con lo que cada uno siente dentro de sí á poco que se estudie. El que ama y practica el bien por la vida eterna, ama y practica el bien finito y relativo por el bien absoluto é infinito, sabiendo que Él es su fin y que en poseerlo está su perfeccion. Halla además un motivo explícitamente pensado y querido, poderoso para sostenerle en la lucha con la concupiscencia; miéntras que carece de él el que sólo atiende al bien particular que se trata de cumplir, sin referirle expresamente al bien absoluto, y está por lo tanto más expuesto á desmayar en la lucha y abandonar el deber, sobre todo cuando es penoso. Pero en ningun caso se sale ni puede salirse de la ley general y necesaria de buscar en todo acto deliberado el bien en general, la bienaventuranza, aunque implícitamente y sin darse cuenta de ello. Quién de los dos obró más filosóficamente, díganlo los mismos krausistas, que quieren que vivamos *en intimidad con Dios*. ¿Puede haberla mayor que la de aquel que en todas sus obras se le propone como fin deliberadamente, que en todas tiende á Él, como á término y causa primera de su felicidad y perfeccion? Y como lo que se dice del amor de la bienaventuranza, se aplica igualmente al horror de la condenacion; resulta igualmente buena y moral, y conforme á la razon y el órden, la práctica del bien por temor al infierno; sólo que este temor se debilita con la mayor estabilidad, confirmacion y adelantamiento en el bien, particularmente considerado el infierno únicamente como estado de dolor, y no juntamente como apartamiento perpétuo de Dios. Por eso los más santos temen ménos el infierno bajo aquel aspecto, pero ordinariamente han principiado por ahí su camino en la virtud, y sintiéndose más seguros, se mueven

más por motivos de amor. Mas como los santos y perfectos, ó los muy adelantados en la virtud son pocos, resultará siempre fatal la doctrina de los que condenan la esperanza del cielo y el temor del infierno como motivos de obrar el bien y evitar el mal. Una cosa sabemos por reciente experiencia: que los que han procurado sublevar la masas populares contra el órden y las leyes, procuraban quitarles aquella esperanza y aquel temor, de lo cual podríamos alegar no pocos textos. Por algo se conducirían así. No lograbán acallar del todo el dictámen de la conciencia popular, y procuraban romper este freno. ¡Ay del pueblo aquél en que la gran mayoría, que es siempre la de los desacomodados, se convenza de que no hay cielo ni infierno! Yo sé que estos argumentos no gustan á los krausistas; pero tampoco escribo para ellos, y los hombres razonables saben que una doctrina verdadera no puede ser antisocial. En suma, importa sobre todo amar y practicar la ley, el deber, el bien, en la voluntad ordenada de Dios fundados, y por lo tanto amarlos y practicarlos por Dios, á quien se debe el sumo amor, lo que es el sumo bien moral del hombre, y á la vez y de una manera inseparable, ó sólo separable por abstraccion, la suma felicidad, que una vez adquirida, ya no se puede perder, como lo enseña la verdadera filosofía, por más que no lo entienda la krausista. El que tiende á Dios en sus actos y en las aspiraciones de su corazón, obra por lo tanto bien, obra moralmente, conforme á su naturaleza criada para Dios, está dentro del órden, cumple la divina voluntad, no arbitraria, sino necesariamente concorde con los demás divinos atributos. Pero si por una abstraccion separa lo que está necesariamente junto, y sólo aspira á Dios bajo el punto de vista del placer que un día le proporcionará, y sólo con el fin de evitar el dolor que le sobrevendrá en caso contrario, pero no ama á Dios por ser quien es y como es, ni al deber, como tal, por Dios, que es quien santamente le impone, sino que le practica *exclusivamente* como medio de gozar y no sufrir; en una palabra, si sólo tiene el temor *servilmente servil* que hemos dicho, se sale del órden, quiere hacer á Dios medio y á sí propio fin, obra mal. Pero no obra mal por querer lograr el placer y evi-

tar el dolor, cosa natural, puesta por Dios en el corazón humano, y por lo tanto buena; sino por obrar exclusivamente por ese deseo, sin amar el deber, ni á Dios como bien absoluto y término final de su destino. Pero ¿qué cristiano ama á Dios haciendo esa abstracción? ¿Quién puede conocer á Dios como nuestro principio, y nuestro salvador, y nuestro padre, y nuestra bienaventuranza, sin amarle también con algun amor de benevolencia al tiempo mismo que ama y practica el deber por el amor de concupiscencia, como le llaman los teólogos? Y si aquel amor no existe, ó es tan débil que le vence el amor de las cosas sensibles ó de la propia comodidad, no se obra bien ni hay justificación, segun la doctrina cristiana, porque el amor á Dios ha de ser *apreciativo* sumo, dicen los teólogos, conforme á las palabras de Jesús: *El que no aborrece á su padre, y su madre, hijos, hermanos y hermanas y aún á su propia vida para seguirme, no es digno de mí.* Lo cual se interpreta por aquel otro texto paralelo que dice: *El que ama á su padre y su madre más que á mí, no es digno de mí,* etc. Podrá haber, si se quiere, un amor á Dios exclusivamente egoísta; pero no es ese el que justifica, segun la doctrina católica, sino aquel que va á Dios *como fuente de toda justicia*, segun palabras del Concilio de Trento.

### III.

De lo dicho se colige ya que el amor de caridad, puramente desinteresado en el sentido ordinario de esta palabra (porque en otro sentido todo amor es interesado, como hemos dicho con Mallebranche), no excluye el amor de esperanza que encierra el deseo de nuestra felicidad, ántes se ayuda de él para mover á la virtud y perfección. Esta doctrina está basada en el conocimiento de la flaqueza del hombre, pues ordinariamente no le basta saber que una cosa es buena para hacerla, sino que necesita ser solicitado por el aliciente del premio ó el temor del castigo, ó sea por el amor ordenado de nosotros mismos, que nos lleva á desear nuestra felicidad y perfección como término de nuestro destino. Este deseo natural no quita á la moral verdadera, ni aún deslustra la

pureza del motivo desinteresado, del deseo de servir á Dios por su bondad infinita; al contrario, júntase con él estrechamente, y de esa junta admirable de amor y de esperanza resulta la fuerza que hace, no ya solamente las obras buenas y honestas, sino las más altas y excelentes de la virtud cristiana, la fuerza de los verdaderos héroes, que saben sacrificar todos los bienes de este mundo y sufrir todos sus males hasta dar su vida en medio de los más atroces tormentos por amor á Dios, por el deseo de glorificar su santo nombre, sin perder tampoco de vista la corona de gloria que les aguarda en el cielo como premio de su heroísmo. Signo es de protervo orgullo decir, como Krause dice, que el hombre ha de hacer el bien por el bien mismo, sin mirar al galardón que promete á quien lo hace la justicia divina; orgullo propio del racionalismo filosófico, despreciador soberbio de las sanciones divinas, el cual presume locamente de ofrecer al hombre motivos puramente racionales y desinteresados, y lo que hace es arrebatarle la esperanza fundada en las buenas obras, quitarle el temor de Dios, y rotas estas dos áncoras de salud, sepultarlo en el abismo de la depravacion y del vicio. Así se expresa perfectamente el Sr. Orti y Lara tratando este mismo asunto. En suma, la doctrina que impugnamos desconoce completamente al hombre real y se apoya sólo en abstracciones. Si los krausistas se interesaran tanto prácticamente en la moralidad del pueblo como los curas y frailes que le adoc-trinan públicamente y á cada uno en particular en esa práctica que aquéllos desdeñan, y contribuye á la moralidad más que ninguna otra doctrina, ni institucion, ni práctica: la confesion, el Sacramento de la penitencia; verian claramente que la esperanza de gozar de Dios y evitar la condenacion, provoca de suyo y anda unida con el amor de caridad puramente desinteresado, y que sin ella la inmensa mayoría de los hombres, por no decir la totalidad, ó se entregarían á una inmoralidad sin freno; ó se contendrían hasta cierto punto en el deber por motivos ménos loables, por temor á la justicia de la policia, ó por algunos de los géneros de hipocresía que se usan en el mundo elegante.

Veamos ya los fundamentos de la doctrina contraria, to-



mándolos de la *Filosofía moral* de Tiberghien, traducida ó recopilada por H. Giner.

Llámanos desde luego la atención que sólo haga consistir la estricta moralidad en la *bondad de los motivos* que sigue la voluntad, sin que, por lo visto, influyan en ella el *objeto* de la acción y las *circunstancias*, como venían enseñando los moralistas y teólogos. Creíamos nosotros que hay actos intrínsecamente malos que ningún buen motivo puede justificar, como por ejemplo, el aborrecimiento de Dios, y creíamos que hay circunstancias que modifican la moralidad de los actos. Pero ya sabemos una cosa nueva, á saber, que siguiendo la voluntad buenos *motivos*, el acto es estrictamente moral. Qué diferencia haya entre esta doctrina y la de que *el fin justifica los medios*, déjolo á la consideración del ilustrado lector. Verdad es que no sé cómo en la doctrina krauista puede haber otra cosa, ya que su *imperativo categórico*, ó primer principio de su moral, se formula así: *realiza tu esencia*, consistiendo esta realización en hacer *temporal* lo *eterno* de la esencia humana, es decir, en ejecutar en el tiempo lo que está en la posibilidad del hombre; y parece fuera de duda que en la posibilidad del hombre están los actos intrínsecamente malos, como el que hemos mencionado, puesto que á veces el hombre los realiza, y no puede realizarse lo imposible. Pero esto merece discusión especial.

Convenimos en que obrar moralmente es obrar en vista de la ley, en vista del bien; pero no vemos razón suficiente que nos convenza de que «para que haya moralidad es menester que nos sea inspirada la acción sólo por el respeto á la ley,» dice Kant. Si la autoridad de este filósofo equivale á una prueba perentoria, nada tenemos que decir. Evidentemente se puede obrar por respeto á la ley, y además por otros motivos, como porque la acción nos gusta en sí misma, porque con ella agradamos á Dios y nos acercamos y hacemos merecedores de premios eternos. Ya está dicho: el amor de benevolencia ó caridad y el de esperanza no se excluyen, sino que se ayudan; y es tal la condición humana, que el segundo de estos amores provoca al primero, y le hace crecer y robustecerse hasta que llega á ser el más poderoso é influyente en

la conducta de los más virtuosos y perfectos, que tal vez comenzaron á serlo por horror al infierno y por esperanza de la gloria.

Y es extraño que, haciendo de la *intencion* el único principio de la moralidad del acto, segun cierta máxima latina que los cristianos no podemos aprobar en este sentido: *Quidquid agunt hominis, intentio judicial omnes*, venga luégo acusando á los casuistas—así en globo, como si fuera cosa corriente entre los teólogos llamados casuistas, es decir, casi todos los moralistas católicos, pues todos suelen poner *casos* para aclarar sus doctrinas—de que «han sustituido á la teoría vulgar de la moralidad—y tan vulgar si es la expuesta—el nuevo *método de dirigir la intencion*, segun el cual es permitido en conciencia hacer el mal, cometer todo género de crímenes, con tal que se aparte la intencion del mal, dirigiéndola hácia un fin lícito, por ejemplo, hácia la conservacion de un bien ó de la dicha. *El fin justifica los medios*. Esta teoría no es otra cosa que la apología de la mala fe. Coloca la moralidad en los caprichos de la voluntad, abstraccion hecha de la conciencia, á semejanza de las doctrinas religiosas, que hacen depender el orden moral de la voluntad arbitraria de Dios; permite á cada cual acomodarla á sus conveniencias personales, y borra toda diferencia entre la moralidad y la inmoralidad, porque nadie hace el mal con el solo objeto de hacerlo.» Todo esto prueba que nuestro moralista ha oído campanas sin saber dónde tocan, segun dicho vulgar, y que los casuistas podrian con buena justicia demandarle de injuria y calumnia. Sin duda los ha leído en las *Cartas provinciales*, por lo cual nosotros no tenemos que hacer sino enviarle á que los lea en sus obras propias y los entienda. Si lo hiciera así, aprenderia muy buenas cosas de filosofía y de moral que ignora todavía, y tambien llegaria quizás á convencerse de que es difícil espigar donde los teólogos segaron. Y veria claro que su teoría de la intencion, resumida en el verso latino que le hemos copiado, no anda tan distante de la doctrina que falsamente atribuye á los casuistas: es poco afortunada para textos latinos esta escuela. Por lo demás, ya que los cristianos somos más amigos de la justicia que los

krausistas, reconocemos de buen grado que su teoría de la intencion se refiere á la que tiene el hombre de obrar lo que es moralmente bueno segun su conciencia le dicte, así en el fin á que aspira, como en los medios. Mas es justicia tambien afirmar que eso mismo exigen para declarar buena la intencion todos los teólogos católicos y los casuistas, ninguno de los cuales se olvidó de que la Sagrada Escritura condena á los que dicen: *hagamos el mal para que venga el bien.*

En la division de motivos de obrar, unos racionales, ó excitantes de la razon en el órden moral, el *bien*, la ley, y otros sensibles, estimulantes de los sentidos, la impresion del placer, sea actual, sea interés sensible en general que se denomina utilidad, no hallamos excesiva exactitud, por quanto hay tambien un placer que no es de los sentidos, sino puramente espiritual; pero no nos hace esto mucho al caso, sino que tal vez se da esta noción rastrera del motivo útil con el fin de presentarle después como malo moralmente. Sobre lo cual notaremos por si acaso que, segun la doctrina cristiana, no es malo querer lo útil ó agradable sino cuando por otra parte la accion es ilícita, ó cuando no va encaminado expresa ó implicitamente al fin último, á Dios, en cuyo último caso el acto no es moralmente bueno ni meritorio. Mas como el obrar en vista del reino de los cielos, es obrar por Dios, por llegarse á Él, por hallar en Él la última perfeccion y destino del hombre, por alcanzar lo que Dios quiere que alcancemos; ya se ve que no es este caso igual al del que busca el placer sensible ó de los sentidos, como dice nuestro autor, ya sea del momento, ya sea en general. Tampoco es verdad que estos motivos tiendan á la satisfaccion individual del agente, *sin mirar á la ley*, ó no ser cuando se trata de un placer cualquiera temporal; pues tratándose de la bienaventuranza, digo y repito que van unidos al motivo racional del amor de Dios como Él es, es decir, como nuestro último fin en todos sentidos.

Cierto es que si la conciencia nos dijera: *Haz el bien porque nada hay más agradable ni más útil*, podríamos, ántes de obrar, discutir nuestros placeres ó intereses, observaríamos la ley bajo condicion; pero si nos dice *Haz el bien por-*

*que ese es el medio de cumplir y alcanzar tu destino total*, como nos dice á los cristianos, obramos el bien particular por el bien absoluto, por Dios, fuente y origen de todo bien. Por consecuencia obramos filosóficamente, porque referimos el bien moral finito y determinado al bien absoluto é infinito, tendiendo hácia Él, buscando la más perfecta intimidad de vida con Dios, según frase krausista, no nos paramos en lo finito, aunque bueno, sino que llegamos hasta el origen de todo lo bueno y fin de todo lo finito, á quien toda accion debe enderezarse para que sea por todos conceptos buena.

Lo que no entendemos es que el placer é interés no se manifiesten en forma de precepto, sino en la de *consejo* á los krausistas; porque siendo parte de la esencia humana, algo que está en ella en posibilidad, no vemos cómo no caen bajo el imperativo categórico *realiza tu esencia*. Por lo demás, tampoco los cristianos los tenemos por obligatorios, fuera de la felicidad última del cielo, porque á eso sí tenemos obligacion de aspirar, como que va indisolublemente unida á la última perfeccion, de que sólo haciendo abstracciones se puede separar. Y como no consideramos obligatorio de suyo al placer é interés, por eso renunciamos á ellos muchas veces para mayor perfeccion y mérito, cosa que censuran los krausistas cuando condenan lo que nosotros llamamos mortificaciones. Si no fueran obligatorios en su sistema el placer y el interés, ¿con qué justicia condenan la abstinencia, que tan buena es en nuestra doctrina? ¿Y cómo hemos de vivir con el corazon *abierto á todo goce legitimo*, según hemos visto que nos prescribe uno de los mandamientos de la humanidad expuesto por Sanz del Río? Consecuencia, señores, y no engalanarse con principios morales que no caben en la escuela y son de otras, y si el vulgo rechaza la enseñanza genuina krausista en esta parte, considerad que está llena de *prejuicios antecientíficos*, y que el sabio no se ha de guiar por ellos.

Y al cabo de tanto andar, nos viene con que el motivo racional «no otorga al placer ni al interés legitimidad alguna, si no *concuerdan* con la ley superior de la actividad humana,» como si los cristianos dijéramos lo contrario; y que «consi-

dera al placer ó interés como móviles inferiores que deben subordinarse al sentimiento del deber, é ilegítimos bajo otra cualquiera condicion. » Esto ya se ve que es mucho retroceder, porque ántes nos dijo con Kant que, para que una accion sea moral, ha de ser inspirada *sólo* por el respeto á la ley; y ahora admite el placer é interés, bien que subordinados al sentimiento del deber, pues aunque estén subordinados, ya no está *sólo* ese sentimiento. Y tambien lo están en el que obra el bien por la esperanza del premio, pues en el mismo hecho sabe que la bienaventuranza (considerada únicamente bajo el aspecto sensible), es menor bien que el bien moral, supuesto que se nos promete como aliciente para el cumplimiento de aquél, es medio para un fin; pero considerada sin abstracciones, es todo bien en sumo grado. No tenemos inconveniente en admitir la *existencia del motivo desinteresado*, supuesto que admitimos el amor de benevolencia ó caridad á Dios, que lleva en sí el amor al deber, á la ley, como expresion de la voluntad perfectísima de Dios; sólo decimos que con este amor se compadece perfectamente el amor de esperanza, por el que amamos á Dios como nuestro bienhechor futuro, nuestro glorificador, nuestro último fin, y aseguramos que este amor hace más fuerte y enérgico al primero que contribuye poderosamente á producirle y afianzarle en nuestro corazon, y en fin, que la gran mayoría de las gentes comienzan por este amor el camino del bien, y que éste, por sí sólo, no tiene bastante fuerza para mantener á la gran mayoría en la moralidad, aunque reconocemos que el amor de esperanza es ménos perfecto que el amor de benevolencia ó desinteresado. Y añadimos que, bien miradas las cosas, en todo amor, aun el más puro y desinteresado, hay un elemento personal, se mezcla algo del amor propio, del deseo y tendencia natural y necesaria á la felicidad, porque no amamos lo que no juzgamos digno de amor, lo que no nos agrada de algun modo, lo que de ninguna manera solicita nuestro amor, como hemos dicho con el P. Mallebranche. Si á esto lo llama nuestro filósofo krausista amor interesado, digo que no le hay desinteresado, y los argumentos que aduce no lo prueban.

En primer lugar, la *razon* no pide ese desinterés. La *razon* pide que obremos segun ella, dentro de nuestra posibilidad y naturaleza; y ya está dicho, que es conforme á *razon* aspirar á la bienaventuranza final, y que nada podemos amar ni obrar sino con esta tendencia, á lo ménos implícita. Si las condiciones ó restricciones de la accion de que habla Tiberghien como incompatibles con el desinterés, consistieran en practicar el deber exclusivamente por el gozo sensible, actual ó futuro, de manera que se esté dispuesto á obrar el mal si no fuera por ese motivo, en tal caso estamos de acuerdo y todos los teólogos lo están. En este caso lo que verdaderamente se ama es el mal, y la accion es egoista, mercenaria ó servilmente servil, como está dicho. Pero si esa condicionalidad consiste sólo en subordinar el acto particular al fin último del hombre, que es Dios, esto es racional, bueno, filosófico, conforme á nuestra naturaleza y á la voluntad de Dios, y no por ello deja de proponerse el agente un fin absoluto.

Tampoco prueba nada contra nuestra doctrina el deber de imitar á Dios. Porque, si bien Dios nada obra por interés, cosa metafísicamente imposible, por ser Dios absolutamente independiente, tampoco obra nada sino por amor á sí mismo, ni puede ser que sea de otra manera, pues Dios crió el mundo, y obra en él con perfecta libertad, y no la tendria si para Él fuera el mundo ó alguna criatura del mundo amable por sí misma; pues siendo Dios necesariamente perfecto, necesariamente ha de amar todo lo que es de suyo amable, y por consiguiente necesariamente habria de querer el mundo y necesariamente le habria criado. Todo lo amable del mundo lo es únicamente por la bondad que tiene de Dios, quien se la concedió por un fin que no puede estar fuera de Él; por lo cual ni al criar el mundo, ni al obrar en él, busca Dios ni puede buscar ventaja ni bien alguno que no sea Él mismo, su propia gloria. Esto dicen los teólogos, y la buena metafísica. Mas el hombre no se basta á sí mismo, ni puede tener en sí su perfeccion última; está hecho por Dios, y no llenará su destino ni se aquietará su corazon hasta que no le posea; puede, pues, y debe buscarle en todos sus actos. Si á esto lo llaman interés, el hombre puede y debe ser interesado. Dios

busca su bien en sí, porque en Él está; el hombre debe buscarle en Dios, porque allí está su bien, y tal es la voluntad de Dios, y secundándole el hombre, le imita cuanto consiente su natuaaleza, que no siendo infinita ni independiente como Dios, no puede igualarse á Él en nada.

«Finalmente, dice, la razon proclama á Dios como el *bien uno y total*— falsamente en el sentido del autor como el bien de todos los séres, que contiene todos los determinados órdenes de bien, y por consiguiente el humano, y al cual deben subordinarse y relacionarse como á su principio, todos los particulares. El desinterés consiste en someter nuestro propio bien á ese orden universal, en vez de considerarnos como centro y fin de todas las cosas, sacrificándolo todo á nosotros mismos.» Brutal egoismo sería éste, en efecto; veamos si incurre en él el que practica el deber por la esperanza de la gloria. Por de pronto ama y practica el deber; y éste lo es porque Dios sábiamente nos lo impone. Luego el que lo practica, obedece á Dios, está en esto dentro del orden. Tambien considera á Dios como centro, principio y fin de todas las cosas y de sí mismo, y todo lo endereza á su gloria. Porque la gloria de Dios consiste en ser Él quien es; y como es glorificador del bueno y justo, le quiere como es, quiere la gloria verdadera de Dios, el que obra el bien con deseo de que Dios le glorifique. Si quisiera que le glorificara en todo caso y bajo toda condicion, no le querria como es, querria un Dios caprichoso; pero no es esto lo que quiere; quiere el bien porque Dios quiere que le quiera, y para lo que Dios le quiere, que es para su gloria, que consiste en ser quien es, es decir, glorificador del bueno y justo. No se hace centro de todo, no lo sacrifica todo á sí mismo; ántes se sacrifica á sí mismo, sus comodidades, sus inclinaciones por practicar el deber, el bien particular, para conformarse á la voluntad de Dios que así lo manda y que premia con la gloria á quien bien lo practica. Está, pues, dentro del orden, dentro de la razon, dentro de la voluntad de Dios.

Tampoco exige el desinterés, en el sentido de nuestro adversario, el imperativo categórico de la conciencia. Ella nos manda practicar el bien porque Dios le pres-

cribe, porque sabemos que Dios es nuestro principio y nuestro fin, y que estamos en la obligacion de atemperarnos á su voluntad santísima y sapientísima. Pues practicando el deber conforme á la voluntad de Dios, satisfacemos al imperativo categórico, y la voluntad de Dios es que aspiremos á Él en todo, para alcanzar nuestra felicidad, inseparablemente unida á nuestra última perfeccion en todos sentidos. Y como la relacion que dice la buena obra con la retribucion es lo que se llama *mérito*, y Dios ha establecido sapientísimamente que la buena obra sea retribuida con la posesion de Él mismo, que envuelve toda perfeccion y toda felicidad; el amor y práctica del deber por la esperanza del premio es un acto meritorio, porque es el amor y práctica del bien por el bien absoluto, por Dios, por lo que Él quiere que le amemos y cumplamos, y por consiguiente dentro de esa relacion entre las buenas obras y la retribucion ó premio. Si éste fuera otra cosa que Dios, practicaríamos un acto egoista, si se quiere, pero en nuestro caso obramos por Dios como nuestro fin, no como medio; por más de que buscar el goce no es de suyo malo, sino cuando es ilegítimo y por lo tanto falso, ó cuando se busca por medios ilegítimos.

Ni prueba más la *libertad*. Porque ésta no pide elegir precisamente entre la felicidad suprema y el deber, como si fueran antitéticos. Hay libertad cuando de tal modo se obra, que se conserva el poder de no obrar; y es más libre el que, habiendo luchado más con el egoismo, ha adquirido mayor hábito de renunciar al placer transitorio, de modo que éste apenas le solicita sino remisamente. El poder obrar el mal no es de esencia de la libertad; basta obrar el bien *pudiendo* no obrarle, aunque este poder jamás se reduzca á la práctica, ó pudiendo elegir entre distintos bienes, queriéndolos con más ó ménos intensidad. Mas el hombre no es libre en aspirar á su bienaventuranza en general; porque no puede renunciar á ella, ni de derecho, porque se opondría á la voluntad de Dios, que le ha criado para sí, para que alcance la plena y absoluta perfeccion conociéndole, amándole y gozándole eternamente, cosas todas inseparables; ni de hecho, por las razones tantas veces alegadas. Todo lo que sobre este punto



dice Tiberghien puede pasar tratándose de bienes sensibles transitorios, finitos, de los goces de la vida, pero no del goce en general, ni ménos del goce concreto de la bienaventuranza como la entendemos los cristianos. A todos aquéllos se puede renunciar, y áun se debe cuando luchan con el deber; pero sí en este caso faltara la esperanza del premio futuro, muy pocos hombres vencerían en la lucha con sus apetitos desordenados. El krausismo mutila en este caso al hombre; el cristianismo le considera como es, y no le priva de ninguno de los motivos que sabe cuánto solicitan su corazón á obrar el bien y mantenerse en la virtud.

Finalmente, el desinterés tal como ordinariamente se le entiende, existe realmente en todos los pueblos, y raro será el individuo, si es que tan egoísta hay alguno, que no haya practicado en su vida muchos actos de desinterés. Pero en el sentido que pretenden establecerle los krausistas, llevándole también al olvido ó renuncia de la felicidad en general, no existe ni puede existir, por lo que llevamos dicho. La madre de familia no obra con ese absoluto desinterés, ni el padre que trabaja por dejar una herencia á sus hijos, ni mucho ménos el que pretende vivir en la memoria de los hombres, intencion que si *no tiene nada de egoísta*, tampoco sé qué puede tener de benévola. Repetimos por última vez que todo cuanto amamos, lo amamos porque nos agrada, porque en cierto modo nos hace felices; la cuestión está en amar lo que nos hace verdaderamente felices, ó nos conduce á la última perfección y felicidad suma que están en Dios. Eso hace la obra buena de suyo; pero es mejor cuando explícita, ó al ménos habitualmente, la endereza el hombre á ese fin: es una gran máxima de perfección la que dice: *En todas tus acciones piensa en el fin*, ó de este otro modo: *En todas tus obras acuérdate de tus postrimerias y nunca pecarás*. Mas esta idea del *fin*, que es la más fecunda en filosofía, en moral y hasta en todas las otras ciencias, no tiene un lugar en la filosofía krausista, que no ve en cada acto más que el acto mismo, como si fuese su propio fin; que es casi decir al hombre que le practique porque sí.

De todo lo dicho se infiere que el krausismo no conoce al

hombre, no conoce el cristianismo, y combate la idea de la bienaventuranza como fin del hombre, sin advertir que ella lleva consigo, ó más bien, es consecuencia necesaria de la suma perfeccion á que el hombre está destinado por Dios, y la confunde con una aspiracion egoista en que el hombre se considera como fin, y á todas las cosas y áun al mismo Dios como medio. Dícenos que el hombre tiene el deber de realizar su propio bien como elemento del bien uno y total, asercion pantheista en el sentido que le dan; y no quiere advertir que al esperar el cristiano y procurar en todos sus actos la bienaventuranza, obra por Dios, á mayor gloria de Dios, aspira á Dios como su fin, lo somete todo y á sí mismo á su santísima voluntad, realiza el bien, no como elemento del bien uno y total, sino acomodándose al orden universal, obrando conforme á su naturaleza y como le manda Dios. Excusado es ya discutir lo que dice en el párrafo consagrado al *desinterés en sus relaciones con la felicidad*. Todo lo que expone allí se refiere á la felicidad que puede el hombre gustar en la vida, suponiendo que nunca se puede llegar á la última felicidad. Habla en un sentido perfectamente naturalista é incrédulo, y da de barato que el hombre continuará viviendo en las condiciones actuales, aunque mejoradas, por esos planetas de Dios y esos astros que pueblan el espacio; pues si creyera que ha de tener un término la condicion de *viador*, como dicen los teólogos, que ha sido criado con irresistible deseo de la bienaventuranza cumplida, como la entendemos los cristianos, y que Dios no le ha podido condenar á una aspiracion imposible de realizar; no diria lo que en ese párrafo dice, pues todo estaria fuera de su lugar. Fáltale al krausismo probar que los destinos del hombre son los que él dice, y no los que enseña el cristianismo. Cuando trate el asunto expofeso nos haremos cargo de sus argumentos, que son sin duda tan fútiles, y más si cabe, que los expuestos contra la idea de la bienaventuranza como motivo de obrar el bien. *El bien por el bien* es, por lo tanto, una idea exacta y verdadera si se entiende del bien particular por el bien absoluto, ó por Dios, al que expresa ó implícitamente se aspira al practicar el deber:

pero carece de fundamento, está en oposicion con la naturaleza humana, con el órden universal, con la razon, con la voluntad de Dios, si significa que la esperanza de la felicidad eterna ó el temor de la eterna condenacion, son motivos inmorales, egoistas, que no contribuyen á la moralidad del pueblo, que quitan el mérito á las acciones buenas, que deben proscribirse por la filosofía como condenados por la conciencia. Repetimos que esto es mutilar al hombre, desconocer su naturaleza real compleja, abusando de la abstraccion, y quitarle los motivos más poderosos que le inclinan á la virtud, rompiendo el dique á las malas pasiones en su lucha contra el deber.

FRANCISCO CAMINERO.

---

## UN CARÁCTER (1).

---

Lo recordamos perfectamente; en aquellos para nosotros memorables dias en que *La España Católica* reñía las grandes batallas con la prensa revolucionaria acerca de las grandes cuestiones sociológicas en relacion con el triste estado de nuestra querida España, hubo un periódico revolucionario, que más rudo por naturaleza ó ménos adoctrinado en los amaños de la secta, dejándose llevar de un irresistible impulso, exclamó un dia ante el espectáculo de la España revolucionaria:

«Los caracteres *se van.*»

*La España Católica*, recogiendo al vuelo aquella preciosa confesion del colega, la rectificó, valiéndose de sus propias premisas, en los siguientes términos:

«Los caracteres *se han ido.*»

Pasaron los tiempos, y la restauracion fué un hecho. El primer Ministerio de la restauracion.... no completó las

---

(1) Por su bellísima forma literaria, por su gran sentido moral, y aparte todo carácter ó intencion política, que para esta Revista no tienen aplicacion alguna, insertamos con mucho gusto el siguiente artículo, que claramente alude al ilustre y magnánimo general D. Arsenio Martínez Campos.

esperanzas del país. Los males de la revolución, no ya en los órdenes religioso y político, sino hasta en el orden social, continuaron *legalizados*, y *La España Católica*, al ver aquella súbita y universal mudanza de trajes y decoraciones para representar la misma pieza, no pudo menos de escribir un artículo con este epígrafe:

«Los caracteres *no han vuelto.*»

Excusado es decir que el número fué recogido, y que se suspendió el periódico por quince días. Era necesario justificar el artículo.

Como las condiciones de la prensa no han variado aún ni tienen trazas de variar, no nos atrevemos á profundizar este tema, y sí sólo á hacer algunas ligeras observaciones.

Cuando *La España Católica*, y despues *La España*, se ocupaban en estos asuntos, veían negro, y los caracteres de España, se perdían entre las sombras; ahora que *El Español* quiere asomarse á la ventana de este tema, empieza á ver claro.

¿Si será que aunque España no sea ya España, *El Español* siempre es *El Español*?

Esto puede explicarse de dos maneras: ó los españoles, cuyo carácter individualista consigna la historia, son magníficos aisladamente y su reunion en forma de nacion es mala por su falta de virtudes sociales, ó España, determinada por invariables límites geográficos, tiene que ser España, aunque deje de serlo, mientras que *El Español* sólo es en cuanto lo es, no siéndolo por lo tanto la mayor parte de los aventureros que se empeñan en hacerla feliz.

Sea de esto lo que quiera, el hecho es que *El Español* ha visto un... ¡CARÁCTER!!

Es decir, ha visto lo que Dios suele enviar á su pueblo, á una generacion, á una civilizacion para salvarla; es decir, ha visto una tabla en medio de un diluvio...

Pero abandonemos las profecías y volvámonos á la historia, y hasta supongamos que está escrita, y finjámonos que vivimos en el siglo que viene, y que abrimos la historia del presente siglo por este año, y leemos... estas ó parecidas palabras:

## HISTORIA DE ESPAÑA.—TOMO XIX.

## CAPÍTULO XX.

*De cómo en medio de la universal decadencia y rebajamiento de los caracteres españoles por efecto de la corrupcion y del positivismo públicos apareció un español digno de este nombre.*

«Por aquel tiempo España gemia presa de la revolucion  
 » que, al grito de « España con honra, » la deshonoraba, ar-  
 » rastrándola á los abismos de la miseria y de la ruina. Todos  
 » gemian sobre aquella catástrofe que iba á dar fin de esta  
 » nacion gloriosa; todos gemian, los magnates desde los sa-  
 » lones en que daban opulentos festines á los hombres que  
 » gobernaban la nacion, conduciéndola á su deshonra; los  
 » banqueros desde el fondo de sus arcas, que abrian para  
 » prestar su dinero, á un interes crecido, á los agiotistas que  
 » llevaban la Hacienda á la bancarota. Los generales, desde  
 » el frente de los ejércitos, que al grito de ¡viva la repú-  
 » blica! iban á sostener á los revolucionarios, que se habian  
 » apoderado del poder á traicion, por asalto; y en medio de  
 » tantos gemidos de mujer, la patria se moria falta de... un  
 » hombre.

» Entónces, un dia, un español, cansado de llamar á todas  
 » las puertas de esos plañideros, que no le oian porque se lo  
 » estorbaba el ruido de sus sollozos, aventurándose entre las  
 » asechanzas de la traicion, de la soberbia y de la envidia, se  
 » encomendó á Dios, desenvainó la espada y restauró la mo-  
 » narquía legítima en el suelo español...

» Una guerra civil ardía en España; inmensos tesoros, in-  
 » numerables ejércitos, nada podia apagar aquella voraz ho-  
 » guera inextinguible; entónces aquel español se levanta, y  
 » entre toda suerte de obstáculos y de tropiezos, asombra al  
 » enemigo con su audacia, lo postra con su valor, lo cautiva  
 » con su generosidad, y á fuerza de ciencia, de genio y de  
 » grandeza, contribuye poderosísima y eficazmente á la pa-  
 » cificacion del país.

» El país ó parte del país, agradecido á quien le libró de la  
 » revolucion y de la guerra, concibe la idea de una recom-  
 » pensa nacional; y como aquel español esmaltaba sus de-

» mas timbres con el hidalgo blason de la pobreza; y como  
 » al fin los tiempos tienen sus signos, esta recompensa con-  
 » siste en una suscripcion pecuniaria. El pobre y el rico, el  
 » mercader y el artista, abren sus arcas y bolsillos, y el  
 » generoso dón viene á aumentar la cuantiosa suma.

» Pero al metálico estruendo de las monedas vuelve el es-  
 » pañol la vista, creyendo oír sin duda ruido de armas; y  
 » este hombre, exhumado sin duda de algun panteon de los  
 » siglos de la fe; este caballero trasconejado, este anacro-  
 » nismo viviente, reproduccion inverosímil de los Cides y de  
 » los Bayardos, en los dias del siglo XIX, en medio de una  
 » sociedad que sólo vive y se agita sedienta de goces mate-  
 » riales, en medio de la universal adoracion al becerro de  
 » oro; cuando tantos medios ilícitos se ponian en juego, sin  
 » gran escándalo de la sociedad, muy acostumbrada ya á  
 » ello, para improvisar fortunas que no justificaban ni el fin  
 » ni los medios; este general apartó con su mano el conside-  
 » rable dón, y elevando la vista á más altas esferas, tiende los  
 » ojos por los campos de batalla, y lo dedica al socorro, al con-  
 » suelo y al amparo de los soldados infelices y de sus familias  
 » desoladas, víctimas de nuestras discordias civiles...»

Cerremos prudentemente la historia ántes de que se con-  
 vierta en profecía, y reflexionemos. Los caracteres se habian  
 ido; por eso pudo venir la revolucion. Los caracteres no ha-  
 bian vuelto; por eso la restauracion no volvia, y sólo volvió  
 en cuanto restauracion monárquica, merced al único carác-  
 ter que hemos acertado á ver desde hace mucho tiempo.

Dios, que nada hace en vano, nos habrá dado ese carácter  
 como da los cometas á los cielos, para que brillen, deslum-  
 bren y pasen, ó nos lo habrá dado para fortificarnos con su  
 ejemplo y para animarnos con su esperanza, diciéndonos con  
 la elocuentísima voz de un hecho siempre memorable: «Espa-  
 ña, no desmayes: entre la escoria de la deslealtad y de la traí-  
 cion; por entre los escombros del vil interes; en esta atmós-  
 fera positivista; brota y florece todavía, fresca y lozana, la  
 flor hermosa del heroísmo, perfumada por el aroma de la ge-  
 nerosidad, esmaltada por el rocío de la virtud y fecundada  
 por el sol espléndido de la religion.» (De *El Español*.)

## SECCION HISTÓRICA.

## UN MUNDO DESCONOCIDO

EN LA PROVINCIA DE EXTREMADURA (1).

## LAS HURDES.

## SEGUNDA PARTE.

## V.

Concejo del Pino Franqueado.

## 1.º

*Pino Franqueado.*

Si hay alguna vista hermosa sin que el hombre haya puesto nada por su parte para hermosearla, es la campiña del Pino en la corta extension que abraza. Las altas sierras de su término se hallan más lejanas de él que de otras alquerías, por cuya razon mil colinas de poca elevacion la circundan á manera de fuertes torreones. La margen del Pino Esperabán, que junto al pueblo y á 200 varas de él corre de Norte á Sur, deja á sus orillas cortas vegas que con sus abundantes y hermosas aguas fertiliza, cubriéndolas de manto verde. El rio de los Ángeles, que corriendo de Poniente á Oriente viene á unir sus aguas al Esperabán junto al mismo pueblo, dá mucho realce, porque entre la arboleda de castaños y frutales que circundan el poblado, semejan lagos de plata de muy hermosa perspectiva. Reunidas todas las aguas, da el rio una media vuelta al pueblo y le encierra como en una isla con sólo una entrada por la parte de Oriente. Está fundado en una pequeña colina, mismamente donde estuvo la primera cabaña ó caserío despues de la expulsion de los mahometanos, por los años 1100 á 1200 de la Era cristiana. Cuenta la tradicion

(1) Véanse los números anteriores.

que la Virgen patrona del pueblo, á la que se denominaba de la Encina por ser un encinar lo que hoy castañar, al formarse la ermita primitiva apareció dentro de un tronco que hubo necesidad de cortar. En 1200 existía ya la ermita, con un capellan para el culto, que vivía junto á la capilla.

Tiene el pueblo 60 vecinos que habitan otras tantas casas de regular forma, aunque pequeñas. Tiene una plaza también pequeña con dos álamos en su centro; al Oriente está la parroquia, que es de 30 varas de largo por once de ancho, y de regular arquitectura, de madera, sostenida por tres arcos de ladrillo. La capilla mayor es buena y forma una media naranja. El retablo, de gusto churrigueresco, tampoco es malo. Al Oriente de la iglesia hay un humilladero pequeño de la misma arquitectura, y cerca del templo la casa rectoral, de buena forma, cómoda y capaz. La plaza es larga, y á su extremo está la casa municipal y escuelas públicas, de dos pisos.

Las calles son cinco, una muy ancha, las restantes tortuosas y angostas, con tres plazuelas pequeñas, unas y otras muy aseadas. Por medio de la principal pasa la jurisdicción de Camino Morisco, perteneciendo una tercera al Pino y otra á dicho concejo.

Sus habitantes son de un carácter afable, honrados y trabajadores. Cosechan algunos cereales y bastante lino, patatas, riquísimos, aunque pocos, garbanzos, habichuelas y judías, que venden con mucha estima. Los días de fiesta los guardan con mucha religiosidad (asi como los demás preceptos eclesiásticos).

Tienen al vino bastante afición, tanto hombres como mujeres.

La iglesia está servida por un párroco con la categoría de término, y un coadjutor. En el año de 1721 el licenciado D. Juan Hernandez Mahillo, conociendo la absoluta necesidad de acrecentar el clero de esta parroquia, la más trabajosa tal vez, y sin tal vez, de España, porque dos sacerdotes solos no eran bastante á llenar los deberes de ella, creó y fundó una capellanía con el cargo de residencia y segundo teniente cura de la misma, prestando los mismos servicios que el primero y dotándola con pingües rentas, que el abandono y el capricho de las permutas han hecho decaer (1); pero hoy estos bie-

---

(1) Grande es el sentimiento que nos causa ver que la última voluntad de un hombre caritativo y deseoso de servir á Dios, quede sin cumplimiento por la ambición de unos y por la debilidad de las autoridades, si no es que manejos malos han interrumpido tan sagrados preceptos. La capellanía es familiar en el cargo y goce de sus dotales, pero no familiar si se falta á los preceptos y cargas que impone el fundador, que la hace capellanía en el nombre, pero teniente curato en los



nes se hallan legalmente en poder del que piensa en todo, ménos en el cumplimiento de las cargas que el fundador le impusiera.

Desde 1835, en que D. Vicente Montero fundó, como hemos dicho, la escuela pública gratuita, ha existido la que hoy tiene, dando los mejores resultados.

Tiene dos molinos de aceite, tres de harina y alguna ganadería cabrial. Hubo siempre estanco, y es de perentoria necesidad que le haya; pero habiéndose exigido la paga adelantada de los efectos y del precio de la sal sin aumento alguno de premio respectivamente á otros pueblos más cercanos al alfó, nadie quiere el estanco, con lo que sufre muchos perjuicios el vecindario. Hay un herrero, un carpintero y siete tejedores de lienzo. Paga por todas contribuciones anualmente 2.600 rs., y vale en venta la mejor casa 8.000 rs., y la peor 600.

## 2.º

*Mesegal.*

Junto á un arroyo que baja de la sierra de la Muñina, y hácia Oriente, en una pequeña colina formada por algunos arroyos de poca consideracion, se encuentra esta alquería, al lado del camino que desde la Serranía de Gata y Coria se dirige á sierra de Francia. Está compuesta de una calle larga, angosta y de mal piso. Su caserío es pobre y desaseado. La mayor parte de las casas están sin doblar, compuestas de un patio ó zaguan, y uno ó dos cuartos y cocina, teniendo aparte un corral para el ganado. Los terrenos capaces de labores están bastante aprovechados con olivos, castaños y huertos, que riegan las aguas del arroyo y las de otro que denominan Fontano, cuyo curso es de Oeste á Poniente. Triste y pobre, en el Mesegal no hay industria de ninguna clase, viviendo con bastante miseria sus vecinos, sujetos á comer lo que producen sus huertos, y

---

hechos. En 18... se declara por tribunal competente pertenecer á D.....  
 ..... los dotes de dicha capellanía con el cargo de servicio. En el expediente se hace constar de un modo claro y evidente que tenia rentas con exceso para la congrua alimenticia, y tal era la verdad. El capellan se eleva á la clase de presbítero, y desde aquella época las cargas no están cumplidas. ¿Qué han hecho las autoridades eclesiásticas cuando han tenido conocimiento de este abuso? Cuando el ayuntamiento del pueblo, vista la necesidad que tienen estos pobres cristianos, reclamó el cumplimiento de una obligacion tan sagrada, ¿qué se hizo? No lo queremos recordar.

alguna castaña condimentada con escaso aceite. Su trato familiar es tosco, pero en cambio son amables, serviciales y muy buenos trabajadores. Todo su anhelo, su deseo más grande es el tener donde poder ganar un jornal de 4 rs. por nueve ó diez horas de trabajo. Y no son de mejor suerte sus mujeres, que á más de las faenas propias de su sexo, tienen que prestar eficaz ayuda á los hombres en las suyas para poder adquirir la ruin subsistencia. Cada contribucion que pagan estos infelices les cuesta un río de lágrimas. Visten como ya hemos dicho, aunque pobremente, no usando los hombres más que anguarina, y en las mujeres son más comunes las bayetas apañadas pardas, para jubon y guardapié, no usando calzado sino cuando van al Pino, ó los dias de fiesta.

Distá el Mensegal de su matriz medio cuarto de legua de buen camino, aunque completamente descuidado. No hay una sola persona que sepa leer ni escribir, si bien algunos, aunque muy pocos niños, bajan ya á la escuela del Pino. Consta de nueve vecinos que habitan en otras tantas casas, y hay tres edificios deshabitados. Todas las contribuciones importan 450 rs., que á ellos los arruina y al Estado... ¿No sería una grande y caritativa política eximirlos de contribuir siquiera por medio siglo?

## 3.º

*Muela.*

Cercana á la que dejamos descrita, y en una costanilla que forman el rio Esperabán y la sierra del Fontano, está fundada otra alquería que se denomina la Muela. El rio, luégo de salir de la alquería, forma una hermosa vega que fecundiza con sus aguas, la cual se halla cultivada con hermosos huertos. Como terreno más descansado que el Mensegal, la Muela tiene una posición más desahogada, y sus habitantes se encuentran más dispuestos á recibir toda clase de instruccion. Se fundó en la época de las demás. Consta de 25 vecinos, que habitan otras tantas casas, habiendo algunos edificios desocupados. Tiene tres calles, una larga y angosta, y las otras dos cortas y tortuosas. Las casas son mejores que las del Mensegal, y entre ellas hay varias de dos pisos. Tiene un molino harinero y otro de aceite, algun ganado cabrio y colmenares, castaños de muy buena calidad, un pago de olivos y toda clase de frutas del país.

Las costumbres de sus habitantes son las mismas del Pino con corta diferencia, aunque se deja sentir la falta de limpieza en las calles y algunas de sus casas. Hay algunas personas que en la es-

cuela del Sr. Montero aprendieron á leer y escribir, siguiendo la costumbre de enviar á sus hijos. Son de carácter honrado, pacíficos y muy trabajadores. Dista esta alquería del Pino medio cuarto de legua, y no hay en ella establecimiento de ninguna clase, pagando por todas contribuciones 900 rs.

## 4.º

*Robledo.*

A media legua del Pino, y en un pequeño ribazo junto al arroyo conocido con el nombre de La Royera, está fundada la pobre alquería del Robledo, que tiene la misma antigüedad de las demás. Su caserío es pobre y poco aliñado. Se compone de cuatro calles, una regular y las restantes malas y pendientes, teniendo en medio una plazuela regular. Todas las casas son insalubres y de muy pobre apariencia. El Robledo está rodeado de árboles frutales y algunos, aunque pocos, olivos de muy buena calidad, así como los castaños. El terreno que le circunda es malo y muy quebrado, y de aquí su escasa riqueza, y trabajosa por la larga distancia á que están sus fincas, que generalmente se hallan en las márgenes de los grandes arroyos. Como hay pocas castañas se alimentan muy mal, viviendo, por consiguiente, en la mayor miseria. Ésta y el Mensegal son las dos alquerías más parecidas que existen en el concejo. Consta de 20 vecinos, que viven en otras tantas casas de muy mala clase. No hay industria ni establecimiento de ninguna clase. Cercano de ella pasa el río Esperabán con abundantes aguas, pero cuyas márgenes son allí ásperas y malas. En lo alto de la colina ó sierra en que está fundada hay un mineral de hierro que no se explota, pero que se extrae de la piedra á la sola acción del fuego de fragua. Finalmente, nadie sabe leer ni escribir, y paga el pueblo por todas contribuciones 875 rs.

## 5.º

*Ateellanar.*

Sobre la cuenca que forma el riachuelo del Alvellano, y en una pendiente no muy elevada y mirando al Sur, está colocada la pequeña alquería de este nombre, correspondiente al municipio del Pino, de donde dista dos horas largas de terreno apenas transitable para herradura. El declive en que está fundada hace que sus calles sean en extremo pendientes y sumamente malas. Esta alquería es sin duda el más oculto albergue que puede hallarse en todas las Jurdes,

y quizá en toda España, pues se encuentra en medio de ásperas y altas montañas que apenas ofrecen un pequeño y angosto paso á las aguas de sus muchas y hermosas fuentes. Tiene, por consiguiente, unos alrededores muy tristes. Como el terreno que ocupa esta cuenca es corto y no muy á propósito para huertos y castaños, que es su riqueza, tienen que trabajar mucho y á todas horas para adquirir malamente escasisimo alimento. Los huertos están fabricados en pequeños rellanos que forma la afluencia de dos arroyos, ó junto á éstos, y aún así tienen que sujetar la tierra por medio de paredes para que no se las lleve la lluvia que, como algunas veces es allí torrencial, rompe estos pobres diques y en un momento destruye todo lo que al hombre ha costado tantos sudores y tantos días. Pero aún así, aún siendo la alquería de suelo más ingrato, el trabajo y la constancia de sus habitantes hace que existan seres humanos en este territorio, y que tengan tal vez una existencia en este valle de lágrimas, aunque misera sobre toda ponderacion, más dulce y alegre que los que viven entre el ocio y el regalo.

Sus costumbres varían muy poco de las designadas á las anteriores alquerías. No hay quien sepa leer ni escribir. Se alimentan generalmente de patatas, habichuelas, berzas y otras legumbres, preparando por las mañanas las necesarias para todo el día. Pan, sólo en las casas más acomodadas se consume. Las legumbres las condimentan con grasa de cerdo y también con el sebo de las reses cabrias. El pote de castañas cocidas, que denominan *sococho*, al cual agregan leche ó suero, es muy comun para cenar, así como la patata cocida para el almuerzo. En esta alquería no hay establecimiento industrial ni fabril de ninguna clase, así como tampoco granjeria, pues no merece tal nombre algun ganado cabrio muy pequeño y raquítico, pero de carne extremadamente sabrosa y delicada. Los cabritos lechales pueden competir con los mejores de España, y creo dejen muy atras á los de Búrgos. También hay colmenas, cuya cera es excelente, pero no la miel. Consta de 24 vecinos, que viven en otras tantas casas de aspecto más feo que el de otras alquerías y más desaseadas. Tiene dos calles angostas, tortuosas y muy pendientes. Paga por toda contribucion 4.094 rs.

## 6.º

*Horcajo.*

En el hondo de una vega formada por altas y escabrosas sierras se halla esta alquería, de mala construccion, pero de hermosa vista.

Sus casas, miradas desde lo alto de cualquiera de los pueblecillos que la circundan, más bien que alquería parece un eremitorio como el de la sierra de Córdoba, morada de varones que consagraban su existencia á la contemplacion y al estudio... La vega es pequeña, pero de un terreno tan hermoso y de una vegetacion tan lozana, que dificilmente se hallará en un espacio tan corto un número tal de árboles corpulentos verdaderamente colosales, y de tal modo cuajado de ellos, que ántes de que la enfermedad acometiera á los castaños, en su suelo, en los meses más fuertes del estío, no ofendian los rayos del sol. Hoy este hermoso bosque ha padecido mucho, aunque pasados los efectos de aquella enfermedad, ya vuelve á tomar incremento la nueva plantacion.

El terreno que ocupa esta alquería, por más que sea áspero, es de una produccion y una potencia asombrosa, gérmen de inmensa riqueza si se supiera explotar. Todas sus altas montañas, sus collados y sus hondonadas producen pinos, y en tal conformidad, que si sus moradores no los destruyesen con el fuego, sería el circulo de Horcajo un bosque intransitable y un asilo de fieras. Pero aún así, con esto, con esa necesidad de destruir los planteles en su corta, el efecto de la quema es sólo el de aumentarlos, pues cada uno es una almá-ciga de donde al siguiente año salen multitud de brotes que crecen tanto, que á los cuatro ó cinco años forman troncos ya maderables. Dudamos que los pinares de Soria puedan tener más fuerza de desarrollo.

Ni en costumbres ni en alimentos se diferencian los moradores de Horcajo de los de las otras alquerías. Dista del Pino dos horas largas por camino muy malo.

Consta de 22 vecinos que habitan en otras tantas casas. Hay una sola persona que sabe leer y escribir. No hay establecimiento de ninguna clase, y paga de contribucion por todos conceptos 4.328 rs. Tiene tres calles muy malas, una sumamente pendiente, y una regular plazuela.

## 7.º

*Castillo.*

Sobre un pequeño ribazo, junto á una vega que forma el arroyo del Castillo al desembocar en el Esperabán, y en el camino que de esta parte de Extremadura conduce á Castilla por el campo de Ciudad-Rodrigo, se halla la pequeña alquería del Castillo, cuyo nombre le toma del fuerte que en lo alto de su sierra Poniente fué conocido por

el Trebell. Su terreno era castañar en todo lo susceptible de abono, siendo de muy buena clase, lo que hacía que no fuera de las alquerías ménos acomodadas; pero la enfermedad de que hemos hablado tantas veces ha hecho que desaparezca en su mayor parte. Trabajadores, activos é industriosos, acometieron entónces los castellanos la tarea de sangrar el río á una distancia larga y traer el agua adonde se habían perdido los castaños, y sustituir aquella riqueza con buenos y hermosos huertos. Su empresa, realizada con buen éxito, ha sido parte á que se note ménos la pérdida de los castaños. Se compone de dos calles angostas, pendientes y de mal piso. Su caserío es malo y cubierto de pizarra. Sus usos, costumbres y demas circunstancias iguales á las ya descritas. Consta de 20 vecinos que viven en otras tantas casas, habiendo tres desocupadas. Dista del Pino dos horas y media de camino malo y abandonado. No hay persona alguna que sepa leer ni escribir, ni establecimiento de ninguna clase. Paga por todas contribuciones 4.300 rs., y tiene alguna, aunque corta ganadería.

## 8.º

*Heridas.*

Esta alquería es una de las de más vecindario del concejo del Pino, y de una posición más regular entre las cinco que constituyen las llamadas altas. Su fundacion es del tiempo de las demás. Su situacion en un altozano junto al río Esperabán, pasando por medio de sus calles el camino que se dirige á Ciudad-Rodrigo, dividiéndose en sus afueras el que se dirige por el Puerto Roldan ó Puerto Viejo y el que va á Esperabán. Es de un terreno escabroso y malo y muy pendiente, estando sus casas fundadas sobre grandes canchales. No ménos áspero y pendiente su término junto al río, y en algunos arroyos tiene, sin embargo, cortas vegas que están bien cultivadas y son bastante productivas. Su caserío es como el de las otras. Se compone de tres calles muy angostas y pendientes y de tan mal piso, que es dificultoso andar por ellas á caballo. Tiene 34 vecinos. Esta alquería, por su posición céntrica entre las cinco que constituyen las altas, está llamada á tener parroquia y escuela elemental incompleta; pero por más que se mandó establecer y que sus vecinos están clamando por ella, no existe ni tal vez existirá, por lo que entre ellos no hay uno sólo que sepa leer ni escribir. Dista del Pino tres horas largas de camino muy malo. Tiene un molino harinero que no muele apénas por la falta de grano, otro de aceite con el cual sucede poco

más ó ménos lo mismo, pues la cosecha de aceituna es muy escasa, y acostumbrados los jurdanos á deshacerlas á pison, ó como vulgarmente se dice á patadas, hallan más ventajosa y sobre todo más barata esta preparacion. Paga por todas contribuciones 2.126 rs.

## 9.º

*Aldehuela.*

La Aldehuela es la última alquería de las fundadas en las cuencas que forman los arroyuelos del río Esperabán. Su posición es otra cuenca formada por la alta sierra de Esperabán, el Cotorro de las Tiendas y la de Horcajo. Su terreno pendiente y escabroso, pero de buena producción. Las hermosas aguas que manan las sierras hacen fecundo el suelo más ingrato, cual el de esta alquería, unidas á la firme voluntad del hombre para trabajar. Toda la pequeña cuenca está cultivada con hermosos y productivos huertos, bueños castaños y otros frutales; y es tal la laboriosidad de sus habitantes, que donde quiera que pueden hacen un pequeño huerto, ponen una parra, un castaño ú otra clase de árbol, aunque tengan que horadar una peña y hacerla polvo para aumentar la tierra que de otros sitios traen. La posición de esta alquería es propiamente al Sur y en un altozano. Sus casas son de la misma clase que las otras. Tiene dos calles, una llana muy angosta y de muy mal piso, la otra pendiente y tan angosta, que es dificultoso su paso con caballerías cargadas. Tiene 28 vecinos que habitan otras tantas casas. Hay seis edificios deshabitados, y una persona que sabe leer y escribir mal. No existe establecimiento alguno fabril ni industrial, estando sus habitantes reducidos á sustentarse con los productos escasos de sus huertos. Dista del Pino tres horas y media de mal camino. Paga por todas contribuciones 1.400 rs., y tiene algun ganado cabrío y colmenar, aunque en muy pequeña escala.

## 10.

*La Saoceda.*

Corresponde al Pino, de donde dista media hora escasa de un camino malo, más por abandono que por el terreno por donde pasa; está situada en un altozano, á la falda de la sierra Ramajar y al Poniente de su matriz, junto al arroyo de su nombre, cerca del río de los Ángeles, que corre de Poniente á Oriente. Su posición es al Sur. Sus campos buenos y sus alrededores bien cultivados.

Tiene una hermosa vega, aunque de corta extension, de buen terreno, la que está bien cultivada y constituye su principal riqueza. La fertilizan las aguas del rio por un canal de riego de un cuarto de legua.

La Saoceda, pues, es una de las alquerías más ricas del Pino, y lo fué más hasta principios de este siglo. Cria mejor sus frutales, en particular el olivo; su término es más dilatado, y tuvo y tiene más campo donde explayarse. Sin embargo, no por ser la alquería más rica tiene una posicion más ventajosa ni sus moradores son de mejor condicion que los que habitan en las ya descritas, pues sólo en fuerza de privaciones y trabajo incesante recolectan algunas legumbres para su alimentacion, con la única ventaja de hacer más uso de cereales.

Como cercana á la matriz, tiene más trato social. Hay personas que saben leer y escribir. Conociendo las ventajas de la buena educacion, en el año de 1850, á costa de los vecinos, plantearon una pequeña escuela que dió los mejores resultados, pero concluyó por falta de recursos.

Se compone de 39 vecinos que habitan otras tantas casas de construccion regular, entre ellas muchas de dos pisos, bien dobladas y aseadas y cubiertas de teja. Hay siete edificios desocupados. Sus usos y costumbres los ya descritos. Tiene un molino harinero que sólo muele en invierno, y otro de aceite. Hay bastante ganadería cabrial y colmenar. Tiene cinco calles angostas y de mal piso, y paga por todas contribuciones 2.000 rs.

## 11.

*Ovejuela.*

Al finalizar la dehesa de lo Franqueado por la parte Noroeste, junto al sitio donde estuvo el convento de los Ángeles, á dos y media leguas del Pino, se halla la alquería de Ovejuela, sita en un declive formado por las sierras Peña-tajada y Voya, por donde corre el pequeño riachuelo de su nombre, que viene á confundir sus aguas con el río de los Ángeles. Su posicion mira al Mediodia. Posee un terreno, aunque malo, muy dilatado, y no el ménos á propósito para el sustento de los ganados cabrial y colmenar, elementos principales de su fundacion.

Se divide en dos barrios. Sus casas malas y angostas, aunque como las de todas las alquerías del concejo, bastante buenas y apropiadas á las necesidades de sus habitantes. Sus moradores son muy



tratables, produciéndose bien y con facilidad, y vistiendo con más gusto que los que habitan en otras alquerías.

Siempre Ovejuela ha sobrepujado mucho á las convecinas en civilización. Los motivos que á ello han podido concurrir son bien claros. En sus inmediaciones existió el convento de los Angeles, y á Ovejuela tocó su benéfico influjo más de cerca, trocando sus hábitos de pastores por los del honrado y laborioso vecino, gracias á los consejos saludables y sana doctrina de los pobres frailes del desierto... Semejante beneficio desapareció con la exclaustación. Tanto es así, que sin reparar en que una escuela pública era una carga tan pesada que acaso no pudieran soportarla, determinaron buscar un maestro, y aunque con economía y trabajo, lo sostienen. Antes lo necesitaban, porque el convento era una escuela permanente y grátiis para niños y adultos.

La laboriosidad de los vecinos de Ovejuela, su despejo natural y su genio emprendedor, unido á la necesidad de acrecentar su riqueza, les hace concebir planes gigantescos para una aldea, que con la mayor constancia llevan á cabo. Fuéramos ingratos si no expusiéramos una de sus obras cuando por la muerte de los castaños quedaron sumidos en la más fiera miseria. Su posición era terrible, y ningun auxilio podían esperar. En este estado, José y Simón Sánchez, Clemente y Manuel Domínguez, disponen reconocer el terreno por donde corre el riachuelo, y ver si dándole una sangría podrían sus aguas servirles para suplir con hortaliza los frutos que para su manutención faltaban ya totalmente. Al principio todo fué bien; alinean el cáuce, varían las aguas, pero pronto llegan á estrellarse contra una roca que, por su posición elevada, es inexpugnable para personas faltas de los recursos necesarios. Para destruirlo necesitaban muchos días de trabajo, poderosas herramientas, mucha pólvora para minas, y además resolver una cuestión preliminar: si se ha de hacer una cortadura sobre la peña capaz de dejar pasar el suficiente caudal de agua, ú horadarla haciendo una especie de túnel. Sólo el reconocimiento del terreno espanta. ¿Cómo colocarse en el sitio del trabajo? Los exploradores, sin acobardarse, resuelven probar la dureza de la peña por el sitio donde han de cortarla, que tal es su acuerdo definitivo; y para ello, metido en un cesto se descuelga uno, al modo que los mineros bajan á las galerías, y arrostra los peligros de trabajar armado de pico y palanca, sostenido por sus compañeros.

La soga estaba atada á una vetusta encina.

Desde aquel día no cesa el trabajo, y continuamente suben y bajan

hombres á dar un empuje á su obra, hasta que pasados algunos meses ven un día premiado su peligroso esfuerzo. La roca está cortada. Sus cálculos han sido tan fijos como los del más hábil ingeniero, y las aguas corren en hermoso raudal á fertilizar el campo de los futuros huertos. Desde aquella época Ovejuela es la alquería más rica del Pino. En ella se recoge abundante hortaliza; el plantel de castaños se va reproduciendo, la cria del olivo se aumenta, su ganadería no decae, y con ello su riqueza se pone al nivel de los pueblos no jurdanos.

Consta de seis calles tortuosas, pendientes y de piso desigual, y se compone de 48 vecinos que viven en otras tantas casas, habiendo desocupadas ocho. Sus casas y calles están muy limpias. Hay un molino harinero y tiene bastante ganadería. Paga por todas contribuciones 3.000 rs.

## 42.

*El Convento de los Ángeles.*

El convento que fué de los Ángeles, pobre y solitario albergue de los hijos de San Francisco de la reforma de San Pedro de Alcántara, estaba situado en un pequeño descanso formado por la afluencia de dos colinas que vienen á confundirse y hacer una cuenca entre la sierra de los Llanos y Peña-Tajada, junto al despeñadero del Chorro de la Meancera. Su construcción carece de mérito artístico, como todas las obras del santo extremeño, que no las hacía para los hombres, sino para Dios. Su suelo es muy desigual y pobre; se ve apenas cielo, pues por todas partes está circundado de altas sierras que le hacen propiamente un olvido del mundo.

Cerca de él está la pequeña cueva donde vivió su penitente fundador, y en el sitio que ocupó su iglesia estaba la pequeña cueva donde se apareció la Virgen. La mano del tiempo ha destruido por completo este asilo de pobres religiosos que, desengañados del mundo y sus falsedades, hallaban en la soledad y en la casa del Señor lenitivo bastante á calmar sus desgracias y olvidar su agitada vida, únicas personas que podían vivir en tan triste y desolador retiro. De él sólo queda ya un montón de ruinas, únicas señales de su existencia. Llamábase dicho su fundador D. Clemente Paterna, canónigo de la catedral de Santiago, de los que tienen la vestimenta y dignidad cardenalicia, y por eso se le llama cardinal. Su cuerpo se repartió entre este convento y los de San Marcos de Altamira y Nuestra Señora de Monticeli, de la misma reforma de San Pedro de Alcántara. En 1871

vi un pié del Sr. Paterna, que pertenecía al último convento, en poder de uno que fué fraile del mismo, no sabiendo qué habrá sido del resto que se llevaron los otros dos conventos. Creemos habrán desaparecido, como las hermosas y regularmente surtidas bibliotecas que tenían, en especial la de los Ángeles, llena de manuscritos y de una riqueza literaria.

(Se continuará.)

R. MARTIN SANTIBAÑEZ.

---

## APUNTES PARA LA HISTORIA DE CARTAGENA (1).

---

(Núm. 12.—2 de Agosto de 1873.)

---

### LA CONSTITUYENTE.

Las Córtes de Madrid no se ocupan de nada sério ni trascendental. Están asustadas ante el impetu de la revolucion; las ha petrificado el fuego cruzado ante su vista en las luchas de Málaga, Sevilla y Utrera, y se anticipan á decretar su muerte con la irresolucion de todos sus acuerdos.

Aisladas del pueblo, de las clases productoras, de los partidos avanzados y retrógrados, ¿cómo pretenden crear el pacto fundamental?

Faltábale, para ser autorizado, las discusiones religiosas, que no se escucharán por esta vez en el Congreso porque no están en él representados los intereses de ninguna iglesia, cuando son tan poderosas aún en el presente siglo.

Faltábale la resistencia de las clases opulentas, emigradas desde hace mucho, desesperanzadas hoy de poder volver á su patria al amparo de ningun poder centralista con tendencias democráticas.

Faltábale la presencia de la nobleza, simbolo de tradicion que si hoy tiene poca influencia, apénas hace medio siglo legalizaban todos los actos de la nacion.

Faltábale el lamento del obrero, de ese brazo poderosísimo de la sociedad moderna, reclamando concesiones.

No le quedaba al pacto fundamental, en vispera de ser discutido,

---

(1) Véanse los números anteriores.

más contratantes con quienes poder pactar que una mitad del pueblo, mitad propietario, mitad jornalero, ni clase media como en Francia, ni proletariado como en Inglaterra, una pequeña parte del ejército, la movable, la ménos propia para fundar poderes, la de las clases inferiores y el elemento ó brazo universitario.

Y cuando se va á discutir esa ley fundamental, ese pueblo toma las armas contra lo que pueda discutirse, ese ejército se levanta expulsando á los representantes de los poderes estables, y queda solo, completamente solo, el elemento universitario; una Cámara de médicos, abogados, notarios, farmacéuticos, ingenieros, jurisconsultos y catedráticos.

Pues qué, ¿una nacion puede acatar una Constitucion hecha exclusivamente por una clase, importante si, pero no indispensable, ni la más influyente, ni la más numerosa, y en último extremo, solamente por una clase?

La Constituyente, preciso es confesarlo, está muerta; pero aún puede hacer más daño, infinitamente más perjuicio de los que ha hecho si se empeña en no dejarse morir.

La revolucion presente no ha tomado otro carácter que el de exigencia de constituir la federacion.

Pero, ¡qué responsabilidad tan grande para esas Córtes, si empeñándose en su ciega resistencia precipitan la revolucion por senderos más resbaladizos!

¿No han pensado en esto los orgullosos legisladores de Madrid? ¿No saben que un exceso de prudencia ha hecho callar muchas voces que pueden predicar algo más que libertad, federacion y reformas?

Y entónces, una vez desencadenadas las pasiones revolucionarias, vivas con todos sus colores esas luchas gigantescas que conmueven todos los intereses, que despiertan, por dormidos que estén, todos los egoísmos, ¿dónde encontrareis baluarte que sirva de refugio á los principios sagrados de la democracia? ¿Dónde un poder robusto que sostenga el embate de todas las necesidades traducidas en motines, de todas las ambiciones manifestadas en agitaciones profundas, de todas las desgracias traducidas en ódios y venganzas?

¡Ah! resistid, Córtes y poderes centrales de Madrid; resistid, que cuando veáis el hermoso suelo español convertido en palenque de toda clase de luchas, no os quedará otro consuelo que el de llorar vuestra ineptitud.

Confiais acaso en que al pueblo español no se le cree capaz de hervir en pasiones revolucionarias. ¿Pues no ha hervido hasta levantaros á vosotros?

Nuestro pueblo ansía su redención, y si ya no se la dais, le negais sus aspiraciones políticas, le impulsareis á una terrible lucha social de la que el porvenir saldrá asegurado en su favor, pero á trueque de pasar por un presente horroroso y terrible que haga desaparecer todas las fuerzas que le dan la escasa vida que tiene.

---

VALENCIA EN PELIGRO.

Republicanos federales de los cantones: nuestros hermanos de Valencia se hallan en peligro. Alerta, pues; corramos en su auxilio y contribuyamos á derrotar inmediatamente á las falanges de ese Gobierno impío que mancha el nombre republicano escudándose con él. Destrocemos sin compasion esas columnas y esos trenes de batir que envía sobre los valencianos, desatendiendo por completo las perentorias necesidades que exige la campaña de Cataluña y las Vascongadas, empleando los cañones con que cuentan en destruir las poblaciones ocupadas por los verdaderos republicanos, ya que no pueden conseguirlo con ellos.

Peró no realizará su vil intento. Cartagena, Sevilla, Cádiz, Valencia, Múrcia y los cantones todos, están dispuestos á recibirlos; todos nos uniremos, todos nos protegeremos mutuamente, y así enlazadas nuestras potentes fuerzas, contrarestaremos el débil empuje de esa turba de canallas que no quiere convencerse de la degradacion en que sumirian á nuestra queridísima patria si acatara sus arbitrariedades.

Republicanos federales, ya lo oís vosotros mismos; el Ministerio del dictador Salmeron no cuenta con soldados bastantes para hacernos frente, y por eso envía trenes de batir. Pues bien; hagamos un esfuerzo, apoderémonos de esos cañones al grito de ¡viva la federacion!

Gobierno de Madrid, al fin has confesado tu debilidad; por último declaras que eres impotente, y no tienes más razones que los obuses y los morteros de sitio, con el nunca bastante ponderado, el retrógrado Gonzalez, mientras que todo buen español se afilia á nuestras banderas con el nombre de *Piratas*.

¡Cómo os habiaís nunca de figurar que los españoles despertarian de una vez para engrosar las filas de los que habeis declarado fuera de la ley y del derecho de gentes, abandonándoos á vosotros! ¿Os convencéis ya? ¿Quiénes son ahora los piratas, farsantes de la política?

Salmeron y Gonzalez, ¿recordais la fábula de la zorra y el busto? Pues apropiárosela.

Compasivo Maisonnave, ¿has leído alguna vez las lamentaciones de Jeremías? Pues apréndelas, porque ya no vas á admirarte de los sucesos de Alcoy; ahora vas á derramar cobardes lágrimas al abandonar la España como Boabdil al dejar Granada.

Llamad al marino Topete para que os lleve léjos, muy léjos de nosotros, donde no volvamos á saber de vosotros en la vida, donde no podais deshonrarnos, donde no podais envilecernos.

Fuera de nosotros, caímanes de la libertad; id á devoraros unos á otros, como los condenados del quinto infierno de Dante, despechados por no haber logrado vuestros bastardos designios. Hasta allá os acompañarán nuestras maldiciones.

¡Paso á la federacion, cáfila de reaccionarios! Desplomaos de una vez de ese poder que tanto os cuesta soltar, para que no volvais á levantar cabeza en la España republicana.

Y nosotros todos, federales de los cantones, hermanos míos, á defender Valencia picando la retaguardia á las columnas que la han de atacar, y no descansenmos un solo instante hasta arrojar de nuestro seno y de la sociedad á los negreros que quieren oprimirnos, y unamos nuestras fuerzas para combatirlos, lanzando el santo grito, tan temible para ellos, de ¡Federacion ó muerte! — *Arturo Guerra.*

---

SESION DEL CLUB.

Anoche, como teníamos anunciado, celebró sesion pública el club republicano federal titulado *Amigos de la Libertad*, sito en la calle de Jara.

Abrió el acto su presidente, Moya, con unas breves frases en que manifestó se reanudaban las tareas interrumpidas por algunos días á causa de los inmensos asuntos que pesan sobre todos los componentes de aquella sociedad, y anunció sesion pública para todas las noches.

Usó en seguida de la palabra el ciudadano Araus, delegado del Gobierno provisional, y con la arrebatadora elocuencia de que la naturaleza le ha dotado, cautivó la atencion y excitó poderosamente el entusiasmo de la numerosísima concurrencia que llenaba todo el local y parte de la calle, apiñándose exageradamente por escuchar mejor la agradabilísima voz de nuestro amigo.

Dos partes esenciales abarcó su elegante y fácil discurso: El origen y fundamento de la revolucion llevada á cabo, y la importancia é

influencia del movimiento de Cartagena en los futuros destinos de la política europea.

En la primera parte expresó con brillantes rasgos y magníficas figuras, al par que con una llaneza y proligidad apropiadas á la inteligencia del auditorio, el origen de la sociedad; la constitucion de la familia por medio del pacto espontáneo entre el hombre y la mujer; la formacion del municipio basada en la libre agrupacion de las familias; la de la provincia, canton ó estado, por medio de las relaciones necesarias y convenientes entre los municipios limítrofes; y por último, la organizacion y pacto federal entre los cantones independientes.

Dijo que, por su consecuencia, la constitucion lógica de la federacion debia nacer de la libre espontaneidad de abajo, y nunca de mandato imperativo de arriba, como se habia pretendido por las Córtes Constituyentes. Declaró que la redencion de la miseria y la servidumbre del cuarto estado y de mucha parte de la clase media era una de las principales miras de la democracia, que habia de restituirles á su dignidad y elevarlas á su enriquecimiento por medio de la remuneracion equitativa de todos los trabajos, pues las causas principales de los sufrimientos que hoy padecen esas clases lo son primero, su abyeccion, y segundo, su carencia de medios para luchar con el capital, al cual se ven esclavizadas. Dijo, en fin, que era necesario dar al trabajo armas iguales á la del capital para la lucha, y nombrar padrinos para fiscalizar la legalidad de estas armas.

Animó á los cartageneros en el camino de la redencion que han emprendido, y les llevó al conocimiento de la alta importancia del papel que colectivamente desempeñan en la historia de la libertad.

En la segunda parte expuso la ineptitud de las Córtes Constituyentes para llevar á cabo la federacion, el egoismo de un lado y la presuncion inmoderada de otro que dominaban en la mayoría de la Cámara, y la necesidad que se deja entrever de que ésta sea disuelta.

Dijo que Figueras, con su silencio, está sancionando esta revolucion, y que su retirada del Gobierno no tuvo por causa el convencimiento pleno de la ineficacia de su influencia para hacer marchar á la Cámara por el camino de las reformas. Que Pi y Margall habia luchado sin descanso con la tenacidad de la mayoría para hacer la federacion, y que si hubiera durado algunos dias más en el poder no hubiera sido necesaria la revolucion de Cartagena, que se hubiera hecho en el mismo Ministerio de la Gobernacion. Que en cambio Castelar está arrepentido de su propia obra. Que habiéndose hecho

á la mar en ligera nave y desplegado velas al viento en esfera de dulce brisa, el huracan se habia desencadenado, y en vano trata de amainar velas desesperadamente; la nave impetuosa corre á su destino inevitablemente, y no bastan humanos esfuerzos á detenerla.

En fin, manifestó que Francia, aquella gran patria de la libertad, aquella hermosa cuna del progreso moderno, acecha llena de ansiedad todos nuestros pasos, para librarse de una vez de la vergonzosa tiranía que vuelve á amenazarla, y que con el ejemplo de nuestra federacion bien cimentada ha de ser la palanca que remueva su espíritu á la imitacion.

Que Italia anhela el momento de quitar de sobre sus hombros el peso de la actual monarquía, innecesaria despues de la ruidosa caída del poder papal.

Que Alemania, la madre de la ciencia y de la libertad, ansia el instante de sepultar en ruinas el carcomido imperio de Prusia, y que este modesto movimiento de Cartagena ha de ser la voz de alerta para éstas y para las demás naciones del continente.

La falta de espacio no nos permite ocuparnos punto por punto y detalladamente de este notable discurso, bien á pesar de nuestro deseo.

El ciudadano Araus terminó suplicando en nombre de Roque Bárcia dispensasen á éste de la asistencia que tenia ofrecida, y que no pudo efectuar por el mal estado de su delicada salud, agravada actualmente con la penosa carga de trabajo y responsabilidad que ha echado sobre sus hombros; pero que ya en otra ocasion y en otro sitio más espacioso tendrán los cartageneros el placer de escuchar su autorizada y elocuente voz.

El ciudadano Vicente Alvarez tambien dirigió su voz á la concurrencia lleno de emocion y en agradables frases. — R.

---

CÁDIZ.

La reñida lucha que aquella heroica ciudad sostiene con la marina de los centralistas, aún no ha terminado.

Cinco buques, entre ellos la *Navas de Tolosa*, que no ha ido á pique como dijimos, sostienen empeñado fuego con los federales, que tienen, además de la fortificacion de Cádiz y parte de San Fernando, á Puerto Real y Puerto de Santa María.

Los marineros de los buques se niegan á hacer fuego contra los republicanos; pero los jefes les aplican los castigos más atroces en la



barra y en el cepo, y se ven obligados á obedecer, porque la excesiva vigilancia de que son objeto les impide concertar una sublevacion.

En el fuego de las baterías ha muerto el alcalde Ricardo Mota, y los proyectiles de una y otra parte causan terribles destrozos.

Aunque Cádiz no venciera á la escuadra, es inexpugnable por tierra y por mar, y la revolucion contará con esta plaza todo el tiempo que sea preciso esperar el alzamiento de los demás cantones.

Es esperada con gran impaciencia la escuadra del general Contreras, y su llegada será la señal del más completo triunfo, porque á su vista se animarán las baterías de tierra, y los marineros, aherrojados por sus despóticos jefes, se decidirán á rebelarse, obligando á que se entreguen las naves sin disparar las fragatas *Vitoria* y *Almansa* un solo tiro.

---

#### RUMORES.

Entre las personas dadas á atemorizarse apresuradamente por los más mínimos motivos, ha hecho anoche grande sensacion el rumor de que por órdenes superiores se habian de efectuar muchas prisiones de indeterminados sujetos pertenecientes á una escasa fraccion política, sin más fundamento que el de prevenirse el Gobierno provisional de ciertas asechanzas de sus encarnizados enemigos.

Por cierto que tamaño absurdo ha sido acogido con reserva por toda persona de carácter reflexivo; pero como son bastantes, por desgracia, los tímoratos propensos á sobrecogerse de pánicos terrores, necesario es despejar las situaciones y aclarar los conceptos, haciendo á la verdad el honor que se merece y devolviendo á los que haya necesidad la confianza que deben tener en las condiciones bondadosas de la situacion política que lleva á Cartagena al más alto de sus destinos.

No solamente es inexacta la circulada noticia, sino que tal pensamiento ni aún ha pasado por la imaginacion á ninguno de los individuos de la Junta ni del Gobierno provisional.

Podemos dar á todo hombre honrado y pacífico, sean cualesquiera las ideas que emita ó que profese, las más completas seguridades de inviolabilidad que corresponde á los principios de justicia y de derecho proclamados por esta revolucion.

Toda otra cosa que se pretenda llevar á la conciencia del público, no será más en cualquier caso que una de tantas armas bajas y mezquinas que en vano aguzan los mal intencionados ó reñidos con la situacion presente.

---

La *Mendez Nuñez*, por fin, estará definitivamente alistada esta tarde.

Al recibir anoche las últimas noticias de Valencia, aún no se había roto el fuego.

Martínez Campos vacila más cada vez.

Los voluntarios aumentan y estrechan sus filas.

De la crueldad de Salmerón es imposible esperar un acto de abnegación que evite la lucha, y ésta es inevitable; pero cada día que se retarde es un martirio más para aquellos heroicos federales.

*(Se continuará).*

---

## CRÓNICA Y VARIEDADES.

---

### Á LA VIRTUD.

---

SONETO.

Es locura buscar en la riqueza  
el sereno vivir que el hombre ansía,  
al contemplar del alma la grandeza  
y la nada del oro y pedrería.

Ni es de cuerdos creer que la torpeza  
de los goces livianos es la vía  
que conduce al santuario de pureza  
donde mora la plácida alegría.

Mueve á lástima aquel que tras la gloria  
mundanal y el saber corre afanoso,  
persuadido que en ellos se concentra  
aquella hermosa paz no transitoria  
que al alma inspira celestial reposo;  
cuando tan sólo en la virtud se encuentra.

P. ESCANELLAS.

---

## TRISTEZA Y PAZ.

---

Engendra la experiencia de la vida  
honda tristeza, amargo desaliento,  
que abisman en la sombra el pensamiento,  
cuando el alma, de amor se siente herida.

¡Sueños de juventud!! ¡gloria querida!  
nadie cual yo os amó con noble intento,  
de verdad el espíritu sediento,  
y de entusiasmo el alma enardecida.

Hoy en mi triste soledad aspiro  
á oscuro triunfo, y á modesta palma;  
á que reine la paz en mi retiro.

Si un recuerdo de amor turba mi calma,  
busco mis hijos, los abrazo y miro,....  
y al calor de la fe, revive el alma.

NARCISO.

---

## LA VERDAD HISTÓRICA.

---

—Vamos, queridos amigos, á conversar un rato.

—Que nos place, señor: Usted, con ejemplos tomados de la historia, nos demostró algun día cuánto ha contribuido la Iglesia, desde el establecimiento del Cristianismo, á la civilizacion del mundo. Y Juan, nuestro competidor, sostiene que la Iglesia fué hostil ó indiferente al fomento del saber, y que Europa, bajo su influjo, hizo escasos progresos en la civilizacion.

—Pues Juan no dice la verdad; y sabe que no os la dice, como todo el que ha leído medianamente la historia.

—Es que Juan establece una diferencia entre la Iglesia y el Cristianismo, diciendo que éste es la civilizacion, pero que aquélla ha ahogado al progreso de la civilizacion.

—Prescindo de la parte sofistica que tiene esa sutil distincion. Hago por completo caso omiso de la peregrina idea de convertirse en defensores del Cristianismo los que niegan los grandes servicios que á la verdadera civilizacion ha hecho en todos los tiempos la Iglesia cristiana, hija única, sola representante y consecuencia legitima é indisputable del Cristianismo. Y con la historia y con las opiniones de los más acreditados filósofos, entre los cuales los hay de auto-

ridad irrecusable para los que hablan como Juan, voy á demostrar que la Iglesia con sus doctrinas, sus ejemplos y su inspiracion, no sólo no ha sido hostil á los adelantos, sino que ha marchado siempre á la cabeza de la civilizacion.

Los nombres que voy á citar son en su gran mayoría del seno de la Iglesia, áun sin contar aquellos *Enviados* de los que se ha dicho: «El sonido de su voz llegó á toda la tierra, y hasta en sus últimos confines se oyeron sus palabras.»

La civilizacion pagana dominaba por completo al mundo, permitiendo todas las seducciones que halagan los sentidos. Todos los ramos del saber estaban en sus manos. Ejercia el completo monopolio de la inteligencia. Bajo aquella dominacion absoluta estaban los gobiernos de la tierra. Y de este poder inmenso procedia el vasallaje que no podia ménos de rendirle la inteligencia, siendo sus tributarias las ciencias y las artes hasta el extremo limite del saber humano.

El Cristianismo aparece en el mundo. Los humildes propagandistas del Evangelio hacen llegar con sorprendente rapidez la dulzura de sus doctrinas á toda la tierra conocida; y el ostentoso edificio, obra de tantos siglos y de tan laborioso esfuerzo del Olimpo romano, se derrumba, y los poderosos como los humildes doblan la rodilla ante la sencillez majestuosa de una religion que condena todas las concupiscencias.

La lucha fué larga y tremenda. El paganismo no se dejó vencer sin hacer primero grandes alardes de su fuerza, en las cuales corrió á torrentes la sangre de los mártires de la fe.

Entretanto los bárbaros invadian el imperio, y la luz del Evangelio, iluminando aquellas oscuras inteligencias, dulcificaba sus feroces costumbres, viniendo, por inescrutable misterio de la divina Providencia, á ser poderosos auxiliares en la propagacion de la verdad, y en el vencimiento de la refinada cultura pagana, las hordas salidas de tan ignotas selvas.

Pero esta grande obra, ¿fué de un dia? Nó. Transcurrieron siglos, en que fué gigantesco el desarrollo de inteligencia y de fuerza.

De un lado el paganismo, dueño absoluto del poder en todos los terrenos. De otro, cual débil nube en sereno horizonte, se alzaba la religion del Crucificado, trayendo al mundo, no solamente la paz del alma con la resignacion en los dolores de la vida, con la caridad como consuelo en todas las tribulaciones, con la esperanza en otra vida más serena, sino una civilizacion nueva, una cultura enteramente contraria á la cultura conocida.

Y puestos frente á frente, el mundo antiguo con todos los desórdenes seductores de su viciosa existencia, y el mundo moderno representado en todas las severas dulzuras del Cristianismo, la victoria coronó al fin los generosos esfuerzos de los mártires de esta

filosofía profunda, de esta religión divina, que con amor infinito trajo la redención de la humanidad.

Sería necesario escribir un voluminoso libro para consignar solamente los nombres de los grandes genios que en el seno de la Iglesia, desde los primeros tiempos del Cristianismo, han cultivado las ciencias y las artes, preparando la civilización del mundo moderno.

San Justino el filósofo, desde fines del siglo primero de la Era cristiana, explicó la ciencia que le dió renombre, escribiendo á la vez, entre otras obras, la *Apología del Cristianismo*.

Orígenes, doctor de la Iglesia, en el siglo segundo, sobresalió tanto en el cultivo de las letras como en el de las artes liberales.

Tertuliano, doctor de la Iglesia, historiador, apologista y filósofo en el siglo tercero.

San Agustín el grande en el siglo cuarto, entre cuyas obras descuellan *Las confesiones*, *La ciudad de Dios*, *Imitación*, *Libre albedrío*; no contento con ser padre de la Iglesia y doctor del mundo, tiende su mano protectora á la fundación de escuelas de niños, hospicios para extranjeros y caminantes, hospitales para los esclavos.

San Jerónimo, en el mismo siglo, nos dejó *La Vulgata* y el *Catálogo de escritores*, que son brillante muestra de la fecunda pluma de este grande asceta.

San Metodio, obispo de Tiro, poeta, escritor y mártir en dicho siglo cuarto, entre otras obras escribió el poema al libre albedrío.

Juvencio, poeta español en tiempo de Constantino, escribió entre otras obras *La historia evangélica*.

San Isidoro Magno, gloria de Sevilla y de las letras españolas en el siglo sexto, entre multitud de obras dejó sus *Orígenes y etimologías*.

Jorge de Alejandria, escritor eclesiástico en el siglo sétimo, escribió, entre otras, la *Vida de San Juan Crisóstomo*, llena de erudición y de bellezas.

Marculfo el Monje, en el siglo octavo, escribe su notable *Colección de fórmulas*, repertorio de preciosos datos para la historia y la legislación de su época.

Jorge, monje del siglo noveno, además de su *Cronografía escogida*, dejó los mejores recuerdos su *Historia y Cronología*.

Santa Teresa de Jesus, con su fecunda pluma, deja imperecedero monumento, que España jamás podrá ensalzar bastante, y que es la admiración de los hombres de letras de todos los tiempos.

El P. Juan de Mariana, jesuita, teólogo, filósofo é historiador español, continúa su vida compilando los hechos más notables de la patria, desde la más remota antigüedad, dando origen y método á la *Historia general de España*, y escribiendo el famoso libro *De rege et regis institutione*.

Munster, jesuita, fué gran anticuario y heráldico.

Ya lo veis. No he ido eligiendo; sólo señalando conforme han acudido á la memoria estos recuerdos.

No ménos que en las letras debe el mundo á la Iglesia en las artes y en las instituciones benéficas. ¿Quién, sino su maravillosa magnificencia, inspiró en escultura á Juan Marin, Juan de Aguirre, Pedro de Mena, y el gran Miguel Angel: en grabado á Morghen el pensador; y en pintura á los monjes Metodio, Melgarejo, Juan de Morales, que en el siglo ceden ante la fecundísima correccion de Luis de Morales, apellidado el *divino* por la religiosidad de sus asuntos, ante el incomparable Rafael y el gran Miguel Angel, ante el inmortal Murillo y el eminente Velazquez, cuyos nombres llenan el mundo, cuyas obras ostentan los templos de la religion y los museos de las artes; ante cuya fama imperecedera rinden el tributo de su respetuosa consideracion todas las naciones y todas las épocas?

¿Y hay todavia quien se atreve á sostener que «la Iglesia fué hostil» y casi siempre indiferente, *del modo más culpable*, al fomento del saber; y que Europa hizo bajo su influencia escasamente algun progreso en la civilizacion?» ¡Oh! ¡qué guerra tan ciega y deplorable!

— Deplorable, teneis razon, muy deplorable; pero que á la vez está llena, como veis, de ingratitud.

En la gran invasion de los bárbaros, la Iglesia recoge y conserva todos los elementos del saber. Los conventos eran inmenso archivo de las ciencias y las artes.

Hombres llenos de abnegacion y heroísmo, desde el silencioso retiro del claustro, ó el apartado rincon del gabinete, consagran su vida entera á derramar por el mundo esos inmensos rayos de luz que alumbran todas las inteligencias; que son el asombro de las edades; que demuestran á los siglos cuán vivificadora es la civilizacion cristiana para el progreso en las letras, en las artes y en las ciencias.

Felizmente estas verdades históricas é innegables, tienen apologistas aún entre los más notables detractores de la pureza del Cristianismo.

Contra esa guerra se alza elocuente la voz del protestante Guizot, del ateo Voltaire, del incrédulo Rousseau, y de la inmensa mayoría de las inteligencias privilegiadas, que en sus apasionados ataques á la Iglesia no pueden ménos de rendir culto á estas verdades eternas.

Y estas verdades, escritas en el gran libro de la historia, sostenidas por la potente palabra de Bossuet, Mabillon y nuestro inmortal Balmes, son la sintesis de la conciencia universal, ante cuyo severo fallo es indispensable humillar respetuosos la frente.

El Cristianismo es la civilizacion: para su progreso ha trabajado la Iglesia. «Desde que apareció en la tierra, tres clases de enemigos la persiguen, dice un gran filósofo: los heresiarcas, los sofistas, y aquellos hombres en apariencia insustanciales, que todo lo destruyen con la sátira. Pero siempre ha triunfado y triunfará, por-

» que es la única religion que se funda en la verdad inmutable y eterna. »

Ahora, amigos míos, devolved á Juan la leccion que os ha dado para perturbar vuestras sencillas conciencias. Pero, á la vez, referidle lo que acabais de oír, diciéndole que es no más que un diminuto compendio del gran libro de la historia, que él os ha ocultado.

Decidle que el Cristianismo con la Iglesia que vosotros conoceis, tiene armonías para él desconocidas. Que es sublime por la antigüedad de sus recuerdos, tan viejos como el mundo, revelados por el divino autor del Apocalipsis. «Inefable en sus misterios; adorable en sus sacramentos; interesante en su historia; celeste en su moral; rico y encantador en sus solemnidades.» Y esto lo dice la Iglesia:

que por ser tan maravilloso, tiene cantores como el Tasso, Milton, Chateaubriand, Fr. Luis de Leon y San Francisco de Sales; pintores tan dulces como Rafael, Murillo y Miguel Angel: oradores tan elocuentes como Bossuet, Massillon y Fr. Luis de Granada:

que en sus templos monumentales se conservan las obras de la Iglesia; en sus oraciones admirables, la lengua de Roma; y toda la armonía encantadora, reflejo de la vida celestial, en sus ceremonias suntuosas:

que ha hecho de la Fe el manantial de todas las virtudes; de la Esperanza, la compañera inseparable del hombre; de la Caridad, la fuente de bondad suma, consuelo y alegría de la criatura:

que bajo esta fuente inagotable de inspiracion sublime, ha creado instituciones y costumbres completamente desconocidas en el mundo pagano, que iniciadas en el siglo segundo por San Agustin el Grande, y realizadas más tarde por San Isidoro de Alejandria, llamado el *Hospitalario*, tuvieron durante la poética Edad Media por servidores, no sólo aquellos cumplidos caballeros á quienes únicamente podian separar de su hermano de armas la muerte ó las guerras de su patria, sino tambien las damas de la primera nobleza, que desprendiéndose de sus tesoros, se consagraban al cuidado de los enfermos y peregrinos, que iban á buscar en las más lejanas tierras. Que en la edad presente, y luchando con la ingratitud de los hombres y con la injusticia de las corrientes del siglo, verifican con santa resignacion, ya el monje de las nevadas crestas de los Alpes, ya la hermana de la Caridad, en la sala hospitalaria del recinto seguro de las ciudades, ó en el fragor de la batalla en el húmedo suelo del campamento, ó recogiendo solicita las sobras de la mesa del rico para socorrer á los desamparados, bajo el humilde nombre de *hermanita del pobre*.

Decidle con estos ejemplos, que la Iglesia desarrollando los grandes principios del Cristianismo, pone constantemente al alcance del hombre todos los consuelos del alma, enseñándole cuál es la inspiracion única de todas las grandes creaciones del ingenio, de todas

las sublimes concepciones del heroísmo, de todas las obras de abnegación.

Y al devolver á Juan la lección que ha pretendido daros, y al decirle cuanto acabais de oír, preguntadle si encuentra algo que se parezca al impetuoso ardor, á la esplendorosa y consoladora elocuencia, á los beneficiosos efectos que el Cristianismo, representado y mantenido por la Iglesia, ha traído á las civilizaciones antigua y moderna.

Y si aún con todo esto su resistencia á la verdad es terca, recordadle este trozo del gran tribuno de nuestros tiempos, del eminente orador cuya arrebatadora palabra llama y suspende la atención general: «Si la monarquía, dice defendiendo las dos instituciones que más ha combatido, la monarquía y la Iglesia; si la monarquía nos ha dado el territorio, la Iglesia nos ha dado el espíritu; si la monarquía nos ha dado la patria, la Iglesia nos ha dado la conciencia; si la monarquía nos ha dado los héroes, la Iglesia nos ha dado los santos; si la monarquía nos ha dado las leyes políticas, la Iglesia nos ha dado los mandamientos morales y religiosos; si la monarquía nos ha dado los soldados que iban á conquistar el patrio suelo, la Iglesia nos ha dado los mártires que aceptaban voluntariamente el sacrificio; si la monarquía nos ha dado la unidad externa, la Iglesia la interna; si la monarquía nos ha dado aquellas carabelas que corrían por mares no surcados y aquellas naves que peleaban en las hirvientes aguas de Lepanto, la Iglesia aquella fe que obra los milagros y que levanta el espíritu para el sacrificio, en la seguridad de que va á vivir en otro mundo mejor, por virtud de la inmortalidad del alma. No teneis más que ir á una de nuestras ciudades de la Edad Media, para ver lo que representa históricamente la Iglesia.»

Leed á Juan ese período de uno de los más elocuentes discursos del gran tribuno español, que es ni más ni menos que D. Emilio Castelar, de quien opiniones bien encontradas nos separan, sintiendo que no siempre ocupe tan bien la atención pública con su maravillosa elocuencia, y preguntadle si todavía persiste en su error.

LORENZO AGUIRRE.

**Don Jaime el Conquistador.**—Con tal título y en vísperas de celebrarse en Valencia el famoso centenario del héroe de la corona de Aragón, se ha publicado en Alicante y se vende en la casa de Carratalá y Gadea y en otras de Madrid, un interesante libro en octavo, debido á la conocida pluma de D. Miguel Amat y Maestre. Al romance castellano en que se halla escrito el texto sucede un caudal extenso de notas que dan á la obra el carácter de amenidad é instrucción más á propósito para poderla calificar de útil y deleitable. Al par que recomendamos la lectura de este libro, felicitamos á su autor por el útil empleo que da á su honrada pluma en esta como en otras ocasiones.